

QUE SE RINDA TU MADRE

16 relatos



para Micaela e Ignacio

Los poemas que se incluyen en los relatos titulados *Los fantasmas se divierten* y *El cielo empieza en el suelo* fueron escritos por Ignacio Giovanetti (1981), en su niñez.

FE DE BITÁCORA

El autor, que durante la dictadura uruguaya transcurrida entre 1973 y 1985 militó milimétricamente en favor de la vida, nunca transitó exilio ni prisión. Los héroes de estas ficciones sufrieron, por lo tanto, muchísimo más que él. Y acaso simbolicen mejor hoy - a 24 años de la gestación de *Que se rinda tu madre*- las pérdidas, la fe y el tembladeral histórico de un pueblo desafiado a no rendirse más.

H. G. V.

VERDAD REMOTA MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

LOS APARTAMENTOS estaban agrupados en bloques de cuatro pisos que daban a diferentes calles y compartían un fondo de césped mal cuidado, con dos pinos marítimos gigantes. Uno de los pinos tenía dos ramas amputadas, y su viejo tronco se retorció a un metro y medio de los apartamentos.

La cara de una muchacha muy joven estaba asomada en una ventana oscura del primer piso. Hacía casi dos horas que observaba con brillante fijeza hacia una ventana del otro primer piso. Se oía a lluvia primaveral, y de golpe la luna cruzó azuladamente sobre el pasto. La muchacha se acarició una sola vez los pechos. Parecía tiritar entre la sombra perfumada y caliente del pino.

ERA UNA noche de octubre, y la telenovela brasilera fue interrumpida por una cadena nacional. Dos mujeres putearon al unísono en la cocina del apartamento de la muchacha. El sonido del televisor fue bajado por completo: en la pantalla apareció un militar con una banderita uruguaya al lado.

-Qué desgraciados que son -dijo la madre de la muchacha.

Siempre hablan a esta hora.

-Siempre -dijo la otra.

La otra era una mujer cuarentona juvenilmente vestida y peinada. Tenía los dientes y la ropa en mal estado, y se puso a fumar con desesperación.

-Che, Zulma: ¿tu marido no se calentará si le tomo un poco de caña, no? -preguntó manoteando una botella que había arriba de la heladera.

-No -dijo Zulma. -¿La querés con hielo?

-No. Así nomás.

Y se sirvió tres dedos y tomó un trago demasiado largo, mirando al integrante de la Junta de Comandantes en Jefe. Zulma la miraba a ella.

-Esta tarde soltaron al novio de tu hija -dijo la otra, volviendo a subir el vaso.

-Sí. Ya supimos.

-Estuve hablando con la señora de Rissotto. Vino mal, el muchacho. Caminaba mal. Lo tuvieron que meter en la cama con un bruto sedante. ¿Carmen lo llegó a ver?

-No. No lo vio, todavía.

La mujer terminó la caña y buscó en la penumbra celeste del televisor y se sirvió otra copa.

-Tu marido se va a encharcar si le sigo bajando la botella, pero quería hablar con vos. ¿Por qué se lo llevaron preso a Juancho?

-La verdad que no sé.

-¿Tu hija no sabe la verdad?

-Mi hija no dice nada. O no sabe. Tiene quince años. ¿Podrías cambiar de tema, Neneca? Por favor.

Neneca sonrió brevemente, con los ojos quemados por la bruma de la perversidad. O de la perversión. Fue apenas un rebrillo.

-Así que no pudieron reventar del todo a los subversivos, al final -murmuró, liquidando la copa. -¿Sabías que mi ex-marido fue compañero de arma de esta bestia peluda que hoy nos habla por CADENA NACIONAL DE RADIO Y TELEVISIÓN?

-No grites, por favor.

Neneca se sirvió otra copa.

-Me parece que a tu hija no le conviene ver nunca más a Juancho -sentenció, con los ojos cerrados. -Porque después todo es mentira. Todo. Todo es mentira. Te lo digo yo.

A LOS pocos minutos de que las mujeres empezaran a hablar en la cocina, se iluminó levemente una ventana del otro primer piso y se volvió a apagar. Carmen estuvo a punto de arriesgarse a saltar hasta el pasto, pero el muchacho saltó primero. La muchacha vio volar el pelo y el pijama cremosamente entre el vapor lunar y lo pudo creer. Se dio cuenta que estaba esperando que Juancho hiciera eso, en realidad. Juancho cayó apoyándose fundamentalmente en los brazos. No se paró enseguida. Era como si se le hubiese caído un ángel del buche y estuviese besando el verdor del planeta para recuperarlo. Al rato se paró, con una lentitud que lastimaba. Miró hacia la ventana de Carmen y le relampaguearon los dientes. Miró la luna y se abrazó a sí mismo. La muchacha no podía ni llorar. Juancho avanzó despacio, descalzo y con las piernas muy abiertas. Era un adolescente altísimo, de facciones vikingas y querúbicas. Carmen no le vio un solo moretón en la cara, cuando lo tuvo cerca. Él se apoyó en el pino y sonrió horriblemente.

-Quiero hacer el amor -le dijo.

-No puedo -sonrió Carmen. -Mamá está en la cocina.
Juancho torció la cara en dirección a la luna y Carmen se asustó.

-Qué pasa -dijo.

-Acabo de soñar que estábamos en la cama pero cuando te corrí el pelo había una calavera.

Me va a matar.

-El pino -dijo ella. -¿Te animás a subir por el pino?

-Me animo a cualquier cosa.

-Esperá que te tiro mis ojotas. Está todo empapado.

-No -el muchacho hizo un gesto. -Calzo cuarenta y cinco. Así está bien, mi amor.

-Esperame que te tiro las medias. Esperame.

Las medias aterrizaron como pájaros muertos en las raíces del pino. El muchacho se las puso y empezó a trepar. La muchacha tiritaba. Cuando Juancho llegó al gran ángulo que formaban el tronco y la rama principal, volvió a mirar hacia el espacio. Entonces Carmen se sintió enamorada de algo que estaba más acá y más allá de la luna. El muchacho hizo relampaguear los dientes frente a la calavera que colgaba en el cielo y ella pensó: Es verdad. Me acaba de decir la verdad.

-Apoyate en ese pedazo de rama que yo te agarro la otra pierna -dijo.

Y sacó más de medio cuerpo por la ventana para alargar los brazos en la bruma celeste.

Los pechos le colgaban como dos corazones.

-¿DESPUÉS DE qué? -preguntó la madre de la muchacha. -No te entiendo, mujer.

La otra no contestó ni abrió los ojos enseguida.

-Después de nada -murmuró por fin, con palabras borrosas. ¿Hace cuántos días que se llevaron a Juancho?

-Hace diez días.

-A ellos les alcanza y sobra con diez minutos. Te puedo asegurar.

Zulma no dijo nada, pero miró al Comandante en Jefe por primera vez en lo que iba de la cadena. Puso cara de haber de haber visto un carancho fantasma.

-¿Sabés cómo me llamaba mi ex-marido cuando volvía borracho y recalentado con los cosos estos? -roncó Neneca, manoteando en la penumbra para llenarse un poco más el vaso. Los ojos eran rajas de desesperación. -Neneco, me llamaba. Neneco. ¿Entendés? Yo me quedaba más de una semana caminando a lo pato. ¿Entendés o no?

Zulma no contestó.

-Y después de eso, chau. Todo es mentira, vieja. Te lo aseguro yo -dijo Neneca en el momento en que dos alaridos agrietaron la noche.

JUANCHO SE había resbalado y partido la cabeza contra una raíz del pino. Pero la cara humana y remota de la luna que le lamía radiantemente la sangre, no parecía una calavera.

LOS FANTASMAS SE DIVIERTEN

para Jorge Freccero

MIRÉ EL cielo estrellado y empecé a caminar. Había estado detenido un rato largo frente al Liceo Bauzá -donde muere Valentín Gomez- con los ojos clavados en la luz de un altillo. La primavera de 1985 parecía haber reventado aquella misma tarde, pero tuve la sensación de estar oliendo las glicinas de treinta y seis años atrás. Yo tenía cuatro años cuando mi padre me leía a Julio Herrera y Reissig en aquel altillo.

No me sentía caminando por el actual Paso Molino, sino por una zona maravilladamente intacta de mi alma. Al torcer en dirección al Prado, las glicinas trenzadas entre la oscuridad me hicieron respirar la invencible mansedumbre de mi padre. No hubo bestialidad, me acuerdo que pensé. Ni siquiera hubo bestialidad.

Iba de visita a la casa del gordo Carro, el mejor compañero de celda que tuve en el Penal de Libertad. El gordo había caído en el 76 -con una hija recién nacida- y salido a principios del 80. Yo lo había bautizado Tarzán porque les aguantaba la mirada a los milicos hasta el erizamiento. “No abuses, loco. Mirá que el hombre-mono paralizaba a las serpientes con los ojos cuando no tenía más remedio” me aburrí de aconsejarle: “No se iba a andar envenenando la vida por puro deporte”. “No me jodas, poeta. Estos no son serpientes. Estos son pobres diablos. Fantasmas, nada más” porfiaba el gordo, rozándose provocativamente la gran cabeza rapada.

Los apartamentos daban a Lucas Obes -frente a las canchas de tennis- y no desentonaban para nada con el lustre del barrio. Me abrió la puerta Fantina. Estaba irreconocible: andaría por los treinta y llevaba el pelo muy corto, aunque lo que de verdad la transfiguraba era un leve aleteo que le torcía el ojo izquierdo hacia abajo.

-Adiós, linda -le dije. -¿Qué te pasó en la oreja?

-Me la reventé contra el botiquín mientras trataba de lavar, peinar y vestir para ir a la escuela a dos chiquilines dormidos en cinco minutos cinco décimas cinco centésimas.

Nos reímos con frescura y nos abrazamos sin exageración.

-Está brava la vida -murmuré, sentándome en un sofá que no era caro pero estaba bien hecho. -Tienen un lindo apartamento, che.

-Gracias. Se hace lo que se puede.

-¿Aquél sigue trabajando con los fletes?

-Aquél hace de todo. Ahora está llevando unos cuantos libros de contabilidad, también. Y yo doy clases de inglés y me metí a estudiar Bibliotecología. ¿Vos te casaste con una mexicana, no?

-Sí. Tenemos una mariachi rubia de casi tres años. Y uno por nacer.

-¿Cuántos años te comiste, al final?

-Casi diez. Siete allá adentro y los demás afuera.

-¿Y se animaron a venirse tan rápido?

-Hay que seguir, morocha.

-Sí -suspiró Fantina. -Esperate que voy a buscar a Tarzán. Se está bañando hace como una hora. Le debe faltar ponerse rimmel, nomás.

En ese momento entraba el gordo, que tenía una gran raya de calvicie partiéndole las motas color oro. No tuve miedo de mirarle los ojos. Con el gordo no podías tener miedo.

-Poeta -me repitió al oído varias veces, abrazándome casi bestialmente. -Poeta sabio, carajo. Tengo un whisky escocés reservado hace tiempo para usted. Me lo regaló una clienta, a fin de año. Yo no tomo esas cosas.

Fantina apareció con una bandeja llena de picaditos, y se sirvió tanto whisky para ella como para nosotros. Brindamos por mi desexilio.

-¿Todavía no vinieron los nenes? -preguntó el gordo.

-A Alejandra la traen del ballet en cualquier momento. Y Tato está en la casa de su amigo del alma, viendo televisión color.

-¿Qué edad tiene Tato? -pregunté.

-Va a cumplir cinco -dijo Fantina. -Lo hicimos a la media hora que Tarzán llegara del Penal. ¿Qué te creés?

Se había tomado casi todo el whisky, y el ojo ya no le aleteaba.

-Tengo que darte una noticia bomba -me dijo el gordo, estrujándome una rodilla con dos de sus dedazos. -Tato escribe poemas.

-Pobre ángel -me reí.

Los ojos de mi amigo eran breves y azules, y provocaban la misma fascinación y el mismo vértigo que provocan los ojos de algunos animales inconmensurablemente nobles.

-Lee y escribe desde que tiene tres años -dijo Fantina. -Le enseñó mi madre, que es maestra. ¿Te acordás?

-Para algo sirven las suegras -dijo el gordo.

-¿Escribe poemas desde que tiene tres años? -pregunté. -Nos batió el récord a todos, loco.

-No -dijo el gordo, sacando una libretita del bolsillo de la camisa. -Empezó el mes pasado, recién. Apareció con esta edición de autor. A ver qué opina el maestro.

La libretita anunciaba en la primera página: SANTIAGO. POEMAS DULSES. El gran punto de la I de SANTIAGO tenía forma de corazón, y la torcedura de las letras escritas con lápiz recordaba el flamear de las constelaciones. Había un poema por página, con el nombre del autor especificado encima y el título subrayado con dry-pen rojo. El primero se llamaba UN POEMA DESDE MY. Y decía: YO TENGO UN CORAZON QUE LATE Y A VESES SE PONE FUERTE Y LINDO. El segundo se llamaba UN POEMITA LINDO y decía: UNA MADRE LINDA CON MUCHA atención Y TERRNURA CUANDO SALE PERFUMA toDA LA Calle. Y el tercero se titulaba TARSAN y estaba escrito totalmente en cursiva: un novbre de padre es lindo como un poema yo ago estos poemas hermosos como una rosa.

-Así que toda la familia te llama Tarzán -me serví otro whisky. -Te felicito, maestro. Recién estuve mirando la lucecita de un altillo donde viví hasta los cinco años y terminé de reconciliarme con unas cuantas cosas. Somos indestructibles, hombre-mono.

La puerta se abrió con violencia y entró un niño muy flaco, de cabeza alargada y enormes ojos fluviales. Se frenó. Estaba vestido con un equipo completo de Liverpool.

-Este es Abel Rosso, el amigo poeta que te conté que iba a venir de visita -dijo el gordo. -Es un hincha a muerte de Liverpool, igual que nosotros. Dale un beso. Vení.

Tato avanzó rengueando y me apoyó la mejilla en la barba, de la vergüenza que tenía.

-¿Qué te pasó en la pierna, campeón? -le pregunté, frotándole la cabeza. -Al que te pegó esa patada lo habrán echado por lo menos de la cancha, ¿no?

Tato bajó los ojos y el gordo lo agarró y se lo sentó sobre las rodillas. El chiquilín se puso a besarlo casi como lamiéndolo.

-Andá a cambiarte que ya hace frío -dijo Fantina.

Estaba llorando y el ojo izquierdo le aleteaba hasta la desfiguración, pero yo me sentía demasiado feliz para darle importancia.

-Esperen que les traigo más hielo -agregó la mujer, y corrió hasta la cocina.

El chiquilín me sonrió suavemente y rengueó atrás de ella, aunque en dirección a otra puerta.

-La puta si seremos indestructibles, hombre-mono -murmuré yo, apretándome los párpados.

Hubo un silencio extraño. Cuando subí la cara me asusté.

-¿Tenés un cigarrillo? -me preguntó el gordo.

-No me digas que empezaste a fumar. ¿Te acordás cómo me rompías los cocos en la celda?

-Dame uno. Dame.

Prendí dos cigarrillos. Me temblaban un poco las manos. La calvicie y la cara del gordo habían agarrado la misma tonalidad sangrienta antes de cada cruce de ojos con los ofidios.

-Esperá un cacho -roncó, y avanzó echando humo hacia la cocina.

Tato volvió de su cuarto poniéndose un pulóver y se me sentó enfrente.

-Te felicito por los poemas -le dije, y él bajó la cabeza con la delicadeza sosegada que sólo puede haber tenido un Miguel Hernández. O un Paul Eluard, tal vez. Después se empezó a retorcer desenfrenadamente el pulóver.

El timbre de la calle sonó al unísono con el primer alarido del gordo. Mientras corría a abrir la puerta escuché la gritería con total claridad: “Yo lo que quiero saber es por qué carajo no hay más hielo en esta casa, milica hija de puta. ¿Dónde está el famoso hielo que ibas a traer? ¿Qué te creés que soy yo: una mierda? Si en esta casa creen que me van a tratar como milicos se la van a volver a ligar, te juro. Pero esta vez se la van a ligar de veras. Te juro, carajo”.

La puerta de calle estaba abierta, y una niña escapada de un cuadro de Degas no se animaba a entrar. Tenía un bolso de gimnasia en la mano y una gigantesca mirada verde agrietándose hasta el gris. Tenía un ojo en compota, además. La atraje suave y rápidamente agarrándole los hombros, y la llevé hasta el sofá. Tato se había esfumado. De golpe se escuchó un cachetazo y un chillido y un barullo infernal de vajilla deshecha, pero no me pude mover: las manos de Tato salieron desde abajo del sofá y me agarraron los tobillos.

-Tranquilos, hijos -dije, sin saber bien por qué.

Después de un rato de silencio los chiquilines se escaparon para su cuarto, y Fantina apareció con la otra oreja reventada. Ahora tenía el ojo izquierdo prácticamente bizco.

-Se desmayó -me dijo. -Pero no está lastimado.

-¿Qué le pasa?

-No sé. Ya le había pasado el día anterior a que vos me llamaras. Le dio como un ataque y nos empezó a llamar milicos y nos pegó una bruta paliza a los tres. Dios mío. Hace tanto que salió y nunca tuvo ningún problema y ahora empieza con esto. El otro día no

quise llamar a nadie porque él casi no se acuerda, además. Pero si hay que internarlo que lo internen. Dios mío.

-Yo me quedo hasta que venga alguien.

-No, no. Está bien. Dejame sola, por favor.

-No te puedo dejar sola.

-Sí. No hay problema. El otro día el desmayo le duró horas. Yo te prometo que llamo al médico ahora mismo.

Fantina ya había abierto la puerta de calle.

-Llamame cuando puedas, por favor -murmuré.

Le acaricié la mano y bajé pesadamente la escalera. Crucé el espacio enjardinado y me di vuelta a mirar -desde la vereda- la luz penumbrosa de la ventana de los Carro. Tuve la sensación de que iba a volver caminando por una zona de mi alma donde no había una mísera glicina. Me tuve miedo. Miré el cielo estrellado.

ROBAR EL FUEGO

LA MUCHACHA tenía un rostro hermosamente aindiado, y fumaba casi sin parar. Acababa de palparle la frente con los labios a su hijo de cinco años, que dormía junto a la ventana. El chiquilín parecía descansar tranquilo, y ella apagó la portátil y subió la persiana y apoyó la cabeza sobre la congelación lunar: un pedazo de cortina le doró las facciones como un velo de novia.

-¿Hasta cuándo va a seguir la guerra, mamá? -preguntó el chiquilín, después de un rato largo.

La muchacha cerró los ojos y dejó caer el pucho y lo aplastó al tanteo, sin sacar la cabeza del vidrio.

-Esto no es una guerra -suspiró. -Ya te dije. Es una huelga general contra el golpe de Estado. ¿No te podés dormir de una vez?

-Para mí que si no es una guerra no tendría que haber tanques. Parecía una película, ayer. Casi nos pasan por arriba a los dos.

-Basta, Rulo. Dormite.

-¿Hoy va a venir papá?

-No.

-¿Y va a venir Chaplin?

-Sí. Más tarde. Tratá de cerrar los ojos, aunque sea. Por favor.

-Pero cada vez que los cierro me acuerdo de ayer.

La muchacha retiró la cabeza del vidrio y prendió otro cigarrillo.

-¿Papá está en la refinería? -preguntó Rulo.

-No. Pero no te preocupes: papá está bien. Sabemos dónde está.

La mirada de Rulo se entredoró sedosamente, hasta que se cerró.

MEDIA HORA más tarde, la muchacha avanzó entre el humo azulado por el humo para volver a besarle la temperatura al chiquilín dormido. El pendorreo de un motor la congeló. Saltó hasta el ángulo de la ventana y vio una camioneta verde estacionada en la casa del doctor Pettorossi. Seis o siete milicos se abalanzaron contra la casa completamente a oscuras y voltearon la puerta de calle y la del pequeño garage: lo que terminaron enfocando fue una gran gata blanca rodeada por su cría. La gata se crispó sobre los suyos, y de golpe se enrespó y reventó como un hervor de leche contra el perfil filoso de un milico. Primero se escuchó un aullido de macho y después otro de hembra, cuando el milico se arrancó a la gata y la puso en órbita de una patada. El animal aterrizó como un residuo de fuego artificial en la mitad del empedrado. El hombre avanzó agarrándose la cara hasta la camioneta (apuntalado por dos de los suyos) y cuando se prendió el motor (y los focos doraron el empedrado) las miradas encandiladas de cinco o seis gatitos que acababan de bajar la vereda formaron una constelación brumosamente humana. La camioneta picó rugiendo y triturando, y la muchacha corrió a vomitar. Diez minutos después, la gata llegó arrastrándose hasta la masacre y se puso a lamerla.

-¿VISTE A papá allá arriba de la chimenea? -gritó el chiquilín.

Habían pasado cerca de dos horas. La madre saltó en la silla donde acababa de dormirse, prendió la portátil y le palpó la frente y la barriga a Rulo.

-Carajo -murmuró.

En ese momento golpearon suavemente la puerta de calle, y tuvo que salir corriendo a atender. Eran dos obreros de la refinería.

-A ver si uno se queda a esperar a los demás y otro me ayuda con el Rulo -ordenó la muchacha. Tiene una fiebre que delira.

Encontraron al chiquilín con un brazo levantado y las pupilas a punto de perderse cerebro arriba.

-Andá mezclando agua caliente y fría en una palangana que hay en el baño -dijo la muchacha. -Metete, por favor.

Y le sacó casi toda la ropa al chiquilín y le dio una cucharada grande de Causalón. El Rulo había bajado el brazo.

-No te puedo seguir saludando porque tengo las manos de madera, papá -jadeó.

La madre le tomó la fiebre. Era una muchacha muy pequeña con el pelo cortado a lo varón y el rostro modelado por una nitidez de parche virgen.

-Si tendremos que hacer fuerza para aguantar todo, carajo -suspiró, recogiendo el termómetro.

Rulo tenía casi 40, y la madre lo terminó de desnudar y lo envolvió en una frazada para sacarlo de la cama.

-Me parece que el agua ya está, Cristina -dijo el hombre.

El chiquilín respiró el olor a vómito que todavía flotaba en el baño y retrocedió hasta el ámbito de la tarde anterior, cuando el ejército dispersó a los familiares de los obreros que ocupaban la refinería.

-Allá arriba del cerro hay otro bruto tanque blanco -gritó el Rulo enfocando sus ojos bizqueantes hacia el calefón.

LA REUNIÓN de evaluación terminó haciéndose en el dormitorio. Eran cuatro obreros y el médico certificador de la refinería. El doctor Pettorossi fue el último en llegar. Antes de revisar al Rulo imitó a Chaplin con medida tristeza, y entornó la mirada en dirección a la muchacha.

-Menos mal que nos monteamos, ayer -le dijo. -¿Viste lo que me dejaron de regalo ahí en la calle?

-Vi todo -contestó Cristina. -Justo estaba mirando para afuera. Fue hace como dos horas.

-No la pudimos sacar del garage ni a ganchos -mostró los dientes Pettorossi. -Ella tampoco quiso aflojar. Ahora ya está del otro lado.

-Yo creo que no es cuestión de aflojar, doctor -dijo uno de los dirigentes más jóvenes. - Es cuestión de aceptar la realidad: ya nos desalojaron y encima nos militarizaron al diez por ciento de los compañeros. Yo la veo muy jodida la cosa. De verdad.

El doctor terminó de revisar al chiquilín en silencio, y le fregó los rulos.

-Ya estás mejor. Es un resfrío de los que vienen con fiebre, nomás -explicó. -No hay nada pulmonar ni de garganta. Mirá lo que te traje de regalo.

Y sacó una foto del bolsillo. Era una toma de la refinería desierta, con mucho espacio radiante sobrevolándola. Detrás se recortaba la ladera del cerro, y a la izquierda se elevaba la chimenea donde el fuego perpetuo permanecía invisible.

-Esta foto la sacó un amigo esta mañana mismo -siguió explicando Pettorossi. -Esto es lo que ve la gente que mira la bahía. Joder.

Afuera resonó un caño de escape y Cristina pegó un salto y apagó la portátil.

-Me parece que volvieron, doctor -dijo. -Las dos brujas de al lado lo deben haber visto.

Pettorossi recortó su perfil chaplinesco sobre la humareda lunar y entreabrió una hoja de la ventana. Un caño de metralleta le hizo meter de nuevo la cabeza en el dormitorio. Simultáneamente se escuchó derrumbarse la puerta de calle, y en pocos minutos estaban todos con los ojos vendados -menos la muchacha, que se había metido bajo las sábanas para agarrar al Rulo- y de cara a la pared. Al doctor lo hicieron abrirse de piernas con tanta fuerza, que se le escapó un pedorreo.

-Tomá pa vos. Andá llevando este caño de escape -murmuró.

El capitán que comandaba la patrulla le pegó una patada en la entrepierna y lo dejó boqueando de rodillas. Después clavó la mirada en Cristina y el Rulo. Era un hombre joven, con perfil de carancho y un ojo tapado por vendas ensangrentadas. En el resto de la cara todavía le brillaban arañoses grumosos. Nunca más te metés con una gata, basura -pensó Cristina. Y dijo:

-No sé qué andan buscando, oficial. Mi marido está preso desde ayer. Y el doctor y los muchachos vinieron porque tengo al gurí delirando de la fiebre.

-¿Ah, sí? -sonrió el capitán. -Pero mirá qué bien.

Entonces se acercó a la cama y le arrancó la foto al Rulo.

-El fuego lo robaron -señaló el chiquilín, con los ojos felinamente fosforescentes.

EL PRIMER DÍA DE MAYO

ERA UN amanecer radiante, aunque yo había soñado con el verdor asesino del sótano del mundo y tuve que sacar largamente la cabeza por la ventana para exorcizarme. Sabía que los ojos de mi madre empezaban a escucharme en el dormitorio de al lado. Me puse los auriculares y escuché a Mozart: el 21 para piano y orquesta. Dinu Lipatti, claro. Al final me sentí en paz.

Mi hermana me golpeó la puerta a las ocho en punto, y vi perfilarse a Elvira Madigan (por el filo de sol que barría el dormitorio) disfrazada de futbolista de campito.

-Qué hacés -le dije.

Ma-Sa había vuelto a cerrar la puerta y empezado a practicar ejercicios de calentamiento. Era una muchacha de dieciséis años muy menuda, con el pelo y las pecas color miel y una mirada azul incandescente que jamás te quemaba. Tenía el pelo y los pechos escondidos por un bonete y un buzo dorados, pantalones de gimnasia y champions.

-¿Y? ¿Cómo te sentís? -me preguntó, sentándose en el suelo. Parecía respirar (o jadear) por el ojo triangular que un porrazo de la infancia le clavó entre la juntura inferior de las paletas.

-Bien -contesté. -Tranquilo.

Ella bajó la cara y entrelazó las manos.

-Voy contigo -me dijo. -Solo no vas. ¿Tenés aquella camiseta vieja de Liverpool, todavía? Te la podés poner arriba del pulóver. Ya casi no hace frío. Si nos agarran podemos decir que íbamos a jugar un partido a algunas de las canchas que hay atrás del velódromo. Siempre hay machonas que juegan al fútbol.

-¿Y cómo convencés pensar a los viejos de que te dejen ir?

-No voy a convencerlos. Les pienso informar, nomás.

En ese momento nos golpearon la puerta. Era mi padre. Traía el termo y el mate, y sonrió fríamente frente a la facha de Ma-Sa. Tanto él como mi madre sabían que yo había estado en la manifestación relámpago de la noche anterior, en pleno Dieciocho de Julio. Ahora mi padre había adivinado algo más.

-Yo los llevo -nos dijo, aparentando impasibilidad. -¿En dónde era que te tocaba, Abel?

-En el ombú de Ramón Anador. Se larga diez en punto.

-Entonces voy bajando a revisar la camioneta, por las dudas. Hace más de un mes que no la saco.

-Voilà. Ahora falta mostrarle el trapo rojo a Yocasta, nomás -murmuré, cuando cerró la puerta.

-Yocasta es tu problema -dijo Ma-Sa, sonriéndome con su tercer ojo.

Y volvió para su cuarto.

ME DISFRACÉ de jugador de fútbol y fui a tomar mate a la cocina. Mi hermana seguía en su cuarto y mi padre en la cochera. Yocasta permanecía escuchándome desde la cama

y eso me horrorizaba más que la inminencia de los jabalíes uniformados y con metralletas. Ahora resulta que te robo a toda la familia, madre. Además de a mí mismo.

Me asomé al dormitorio grande. Un sesgo polvoriento de la mañana rebasaba el postigo y enrojecía el cielorraso. Hasta allí se había hinchado la mirada de mi madre. Era un hervor sangriento que yo conocía demasiado bien como para quedarme a desafiarlo.

DECIDIMOS SALIR una hora antes. La camioneta tenía nafta y faltaba muy poco, pero era conveniente pasearla sin apuro.

-Anda jodiendo un helicóptero. ¿Escuchaste? -me preguntó mi padre, apenas entré a la cochera. -No -dije.

Pero me ericé.

-Uno o dos. Ya hace rato.

Mi padre me miró fijo durante un segundo, sin lastimarme. Su mirada fue dura pero fluvial.

-No quise discutir allá adentro para no alborotar más a tu madre -dijo. -Ir es cosa de ustedes, pero me parece un error muy grave. Es como servirle una cazuela de perlas de cultivo a los jabalíes. Apuesto a que no juntan más de cien personas en toda la costa.

-Debemos haber entrevistado a miles. Mucha gente gritaba desde atrás de la puerta que no podía atendernos porque acababan de empezar los dibujos animados. Pero muchos oyeron, por lo menos.

-Escuchá. Escuchá vos, ahora.

El restallar de un helicóptero fue triturando el lomo frutal de la mañana, hasta que su cola y sus cuernos relampaguearon sombríamente sobre el callejón que bordeaba los bloques. Te conozco, pensé.

-Un compañero me dijo que el pelado dijo que de vez en cuando el tigre tiene que mostrar los dientes -atiné a argumentar, frotándome la calvicie.

-Sí. Mientras haya tigre -retrucó mi padre. ¿Estás seguro de que hay tigre, vos?

MA-SA DEMORÓ bastante en venir. Apareció con mi madre. Yocasta traía un paquete impoluto, y lo agarraba como si fuera un vientre a punto de brotar.

-Les hice unos refuerzos -dijo.

Me lo dijo a mí. Tenía una suavísima locura aterciopelándole la mirada. Mi padre (que era bastante más bajo que ella) agarró los refuerzos y le pasó un brazo por el hombro y la besó sin sonreír. Ma-Sa me hizo una guiñada. El ojo azul que le quedó desnudo pareció amartillar un mensaje remoto.

MI PADRE se quedó esperándonos en la camioneta, a media cuadra del velódromo. Faltaban siete minutos para la diez. Había un par de helicópteros en danza, pero daban la impresión de ser una docena.

-Estamos recontracantados -le tuve que reconocer a Ma-Sa mientras bordeábamos el Estadio. -Tratá de rajar junto conmigo, si se arma. Y si nos llegamos a separar, nos encontramos en la camioneta. ¿Cuánto falta?

-Cinco minutos y cinco segundos. Apurá un poco el paso. Mirá que por cualquier cosa tenemos la parroquia San Ignacio, ahí en Rossell y Rius.

Íbamos subiendo por Cuatro de Julio, y al bordear la cancha de baby-fútbol anexa a la parroquia ya éramos muchos. Me imaginé a los milicos de los helicópteros siguiendo el hormiguar de las diez o doce veredas que confluían en el ombú.

-Todavía faltan treinta. Ojo. No apures tanto -dijo Ma-Sa, cuando doblamos por Rossell y Rius a la izquierda.

Caminamos media cuadra, y diez segundos antes de las diez vimos levantarse el brazo de un compañero y escuchamos su alarido de asalto al cielo. Recuerdo al compañero esculpido sobre la transparencia de la mañana: habíamos ido al mismo liceo, y vi perfectamente cómo su adolescencia terminaba de desaparecer.

-La largó antes de tiempo -dijo mi hermana. -Allá vienen los milicos. Corré para la parroquia.

Yo no distinguí a los milicos hasta que llegamos a la cancha de baby-fútbol y nos metimos por un alambrado roto: un jeep estacionó chillando a tres pasos de nosotros. No nos arrearón porque no les alcanzaron los brazos. Atrás estacionó otro jeep. Un estruendo permanente de fracturas aéreas empezó a destrozar la fragancia del día.

-No te preocupes que son balas de salva -le dije a Ma-Sa, mientras corríamos por atrás de uno de los arcos. (Después supimos que en ese momento le estaban pegando un tiro en la rodilla a un muchacho adentro de la iglesia.)

Los chiquilines corrían llorando y agarrándose la cabeza en dirección a un corner en donde había algunos adultos. Torcimos hacia ese costado de la cancha y enseguida encontramos una fila de casilleros para guardar la ropa. Tenían el tamaño de un hombre y estaban sin llave. Nos miramos.

-No. Aquí es el primer lugar donde van a buscarnos cuando entren -dijo mi hermana. - Vení. Mejor vamos con la gente.

Nos sentamos sobre un montón de pedregullo a mirar desaprensivamente cómo los milicos arreaban compañeros, del otro lado de la cancha. Una muchacha muy joven salió rengueando de una manera que me trizó hasta siempre el trasluz de la memoria. En la calle seguían chillando los jeeps y latigueando los balazos.

-Qué milicos animales que son -dijo un hombre, al lado mío. -No vieron que había chiquilines aquí. No les importó nada.

-Y yo escuché los que gritaban los de la manifestación -agregó otro. -Gritaban Pan y Libertad, nomás.

Yo seguí con los ojos fijos en mis compañeros. Al rato un hombre empezó a murmurar algo en las orejas de los demás, que serían cerca de una docena. La única frase audible fue:

-Estos estaban en la manifestación.

-Vámonos -dijo Ma-Sa, de golpe.

Y al empezar a caminar por la cancha les dedicó una sonrisa de oreja a oreja a los padres de los chiquilines que no nos habían vendido. Al otro lo debe haber paralizado con el ojo triangular de los dientes.

LA CANCHA tenía una sola salida visible a la calle, y era la rotura del alambrado por donde nos colamos. La cruzamos pidiéndoles permiso a los milicos que se llevaban a los últimos compañeros. Doblamos a la izquierda, y caminamos mansamente por Cuatro de Julio. Todavía se escuchaba algún chillido de gomas.

-Parece que se les acabaron las balas -dije, sintiendo cómo me rodaba un cairel congelado por cada axila.

-Lo que a mí me parece es que tengo pinta de machona, nomás -sonrió mi hermana.

Y se sacó el bonete. El pelo tenía el mismo color que los plátanos de Rembrandt que filtraban medallones de sol sobre el empedrado. En ese momento volvió a cruzar un helicóptero por encima nuestro y supe que era el último: su sisear se fue hundiendo en el cielo aduraznado hasta dejar completamente limpio el corazón del día.

AYER CRUCÉ LA FRONTERA

para Olver De León de un hermano Regusci

CUENTA LA leyenda que desde mediados de los años 70 un tordillo-sabino con los ojos humanos se aparece en el Cabo Polonio la noche más hermosa de marzo, siempre que no haya luna. El caballo asperjado de transparencias rubias baja por las arenas de la Punta del Diablo y galopa ceñido a la gran fluorescencia curvada del océano. Nadie sabe lo que hace en el cabo. Al llegar la madrugada vuelve a Valizas, y las estrellas se van apagando y cayendo en su lomo como semen dorado.

LA CASA del doctor de la factoría lopera había sido edificada en un alto rocoso, y se recortaba solitaria sobre el resplandor cobalto. Era una noche de mediados de marzo, época en que el doctor y su mujer viajaban a Montevideo -con los hijos que cursaban primaria- para volver en Turismo a terminar las vacaciones. El resto de la familia permanecía en el cabo. La hija mayor era una muchacha pelirroja de veinte años recién cumplidos, que aquella noche estaba fumando con la ventana abierta y el cuerpo semicubierto por una sábana. Un hondo azul plateado (reverdecido por los ramalazos del faro) le dibujaba el perfil como si hubiera luna. El viento no la despeinaba, pero su resonar trenzado con el aullido de los lobos (que llegaba de a ráfagas caracoleantes) parecía trastornar el alzamiento de sus pechos desnudos.

-Escuchá. Escuchá los lobos -murmuró la muchacha, levantando la cabeza hacia la cucheta de arriba. -¿Nunca los viste hacer el amor?

Una penetración del faro hizo agrandar doradamente unos ojos muy redondos, en la cucheta de arriba. La bruma cósmica que derramaba por la ventana no alcanzaba a clarificar el perfil de la otra sombra, y el relampaguear del faro apenas refractaba en sus ojos sin rostro.

-Hacer el amor -repitió la muchacha. -Mirá cómo te lo digo. Como la más esnob de las pitucas que caen por el Polonio. Bah: como todo el mundo, cuando llega el momento. Quisiera ver cuánta gente habla de esa manera adentro de una cama. Menos mal que los lobos y los perros que ves abotonados por la calle no lo dicen: lo hacen.

Los ojos de venado de la pelirroja se aterciopelaron. Cada respiración del cigarrillo la envolvía en dos tonalidades sucesivas: el naranja y el celeste pastel.

-Ojalá lo pudieran ver todos los muchachos. Verlo cuando es de verdad -jadeó la pelirroja. -Me gustaría que oyeras, nada más. Rezaría para que pudieras oír la palabra cojer dicha por Rómulo. Cojer y tantas otras. Dios: no te imaginás.

Los ojos de la cucheta de arriba se hincharon. Durante mucho rato, el humo de los cigarrillos fue tragado en silencio por la noche. El cobalto plateado era tanto más hondo que los caracoleos de la sudestada y el oleaje y los lobos, que solamente parecía resonar el manar de las constelaciones. De golpe se oyó un caballo: su galope retumbó claramente desde el lado del faro. El paso se hizo cauto, y en cuestión de segundos su sombra encapuchó a la muchacha pelirroja.

-Baloma -llamó el jinete, con suavidad cortante.

La pelirroja pegó un salto en la cama. El caballo estrellero volvió a dar paso a las estrellas, y la muchacha se arrancó la sábana y tiró el cigarrillo y corrió hasta la ventana. Dos pezones de llanto brillaron cayéndole hasta los pezones.

-Rómulo -dijo. -Dios.

Ahora la encapuchó la sombra del jinete. Era un muchacho flaco y alto, de bigote a la antigua y orejas prominentes. El rostro le chorreaba. Un ramalazo del faro lo hizo encogerse y achicar de un sacudón las riendas del caballo.

-¿Tus viejos ya se fueron para Montevideo? -murmuró. -Sí. Hace como dos semanas. Entrá. -¿Estás sola?

-No. Con la perra.

El jinete ató el caballo, saltó por la ventana y se estaqueó sonriendo frente a la desnudez de la pelirroja. Ella le pegó un manotazo a la sábana, se envolvió y lo abrazó.

-Estás loco -le preguntó llorando. -¿Por qué viniste? ¿Cómo hiciste? Estás sudando una barbaridad.

La muchacha cerró la ventana y la claridad disminuyó, a pesar de que no había cortinas.

-¿En dónde está la perra? -preguntó Rómulo, derrumbado en la cama.

-En la cucheta de arriba. Duerme como una bestia. Es cachorra. Esta noche mismo le estaba diciendo que me encantaría que nos escuchara hacer el amor. Hablo mucho con ella.

-Entonces despertala. Porque vamos a hacer a Baloma. Ahora mismo. ¿No escuchaste la contraseña? Vine de Buenos Aires para eso.

-¿Y tenías todos los detalles calculados o fue suerte, nomás? ¿Quién te trajo?

-Un amigo que venía para Valizas. Esta madrugada nos vamos para Rocha. Y después vamos a Punta del Este y a Piriápolis. Negocios inmobiliarios. Me disfrazo de burgués y todo: tendrías que verme.

-¿Cómo cruzaste la frontera?

-En la valija de un Chevette. Y después me crucé todito el río Uruguay en la barriga del ferry, colorada. Como Jonás.

-Sos loco.

-No. Soy un Regusci. Y no hay fascismo ni exilio en el mundo que me prohíba cojer son mi Señora. Señora con mayúscula, quise decir.

-¿Y por qué no me mandaste a buscar de una vez? Hace dos meses y veinticuatro días que te estoy esperando. ¿Por qué todo este relajo? No entiendo.

-Está muy bravo allá. Está desapareciendo gente. ¿Podemos dejar ese tema para después?

UN PAR de horas después se recortó la cabeza del todillo-sabino sobre el cobalto ya pálido. El animal observó a los amantes con una fluorescencia insondable.

-Pero me caiga muerto -gritó Rómulo. -¿No te puede dejar vivir en paz un caballo, tampoco?

-Tranquilo -dijo la muchacha. -Es que tenés que irte. Y Sabino es tu caballo. Cuando nos conocimos en Valizas, me enamoré primero de él que de vos.

-Mierda, tenés que irte. Me voy cuando yo quiero.

El tordillo no sacaba la cabeza del comienzo del alba.

-Ojalá te rompieras la pata -gritó Rómulo. -Ojalá te murieras, bicho hijo de mil putas.

El caballo callaba. En la cucheta de arriba, la mirada dorada se ensanchó opacamente.

-Perdón -dijo el muchacho. Lo que pasa es que todo esto te va matando, colorada. Te mata. De verdad.

La muchacha desnudó una sonrisa de dientes.

-Rápido -dijo. -Andate. Y pase lo que pase en Buenos Aires, si no me mandás buscar en dos semanas voy y me pongo a caminar por la calle hasta que te encuentre. ¿Entendiste bien?

-Sí, Señora. ¿Le parece que pusimos el huevo de Baloma?

-Sí. Hasta le veo el color. Es celeste. Es un huevo celeste.

Rómulo se vistió y ella lo empujó hasta la ventana, abrazándolo por la espalda. Dejó que el muchacho abriera y saltó con él, aunque se quedó sentada en el marco. La sábana que la envolvía tremoló bruscamente.

-Mandale un beso de mi parte a la cachorra -se oyó gritar al jinete un segundo antes de provocar un galope más hondo que la sudestada y el oleaje y el gemir de los lobos. -Y decile que es eterno. Que lo que oyó es eterno.

La muchacha terminó de levantar su brazo y saltó hacia la penumbra del dormitorio. Prendió un cigarrillo sin levantar los ojos, y después los clavó en la cucheta de arriba.

-¿Escuchaste? -preguntó.

-Claro -dijo una chiquilina que no podía tener más de catorce años.

OVARIOS

para Claudia Arbe

EL ÓMNIBUS apareció como a los diez minutos de que yo empezara a empaparme bajo un semidesnudo plátano de mayo. Cuando subí sentí que los documentos que llevaba

escondidos en los calzoncillos todavía no habían llegado a mojarse. Un tipo joven y bigotudo -abalanzado ofídicamente entre la lluvia, desde una casa de la esquina- hizo volver a frenar el 142. Yo iba en el asiento de los bobos y él se sentó en el fondo del ómnibus vacío. El tipo parecía la Muerte medieval aunque con bigotes: llevaba un pilot y un capuchón brillantes que le negreaban más que la mirada. Habíamos arreglado para encontrarnos con Gabriela en el bar de la esquina de Rivera y Comercio. Al pasar cerca de un legendario amueblado malvinense me acordé de una historia que me contó mi tío Santiago y me prometí escribirla. Una rosa de sangre, tu horror y tus cojones -pensé bajándome del 142 sin mirar a la Muerte.

NO RECONOCÍ a mi ex-mujer. La había visto tres meses atrás, al poco tiempo de vivir casi dos años en París. Pero ahora ella tenía el pelo podado a lo Juana de Arco y teñido, además. Me preguntó enseguida si le quedaba bien y le dije que claro. Claro que uno ya no podía llamarla Gabi, evidentemente. Era como si Gabi hubiese llorado su belleza juvenil sin secarse los ojos ni la cara hasta plastificarse. Y si le buscabas el alma no veías ni pureza ni pupilas: veías dos pozos grises.

-Hola -dijo. -Estás pálido.

Y me besó el claror de encima de la barba con un cariño helado. Pedí un té.

-Estoy empapado y apurado -dije. -Salí sin paraguas y tengo que tratar de hacer un par de cosas antes que vuelva a llover. Los folletos me crujían en la entrepierna y las nalgas, y empezaban a pegotearse.

-Estás militando -murmuró Gabriela.

No hice ni una mueca.

-Sé que estás militando -insistió mi ex-mujer.

-¿Para eso me llamaste por teléfono y me pediste que nos viéramos urgentemente en un boliche? ¿Para decirme eso?

-No. Lo que pasa es que esta mañana apareció una carta a mi nombre, por abajo de la puerta. No vino por correo. Ni está firmada. ¿Te acordás de aquella chiquilina que fue alumna mía de francés y que vive en tu cuadra?

-Claudia.

-Sí. La que el padre era coronel o teniente coronel. Tiene que haber sido ella. Me pide que te avise que te están vigilando. Dice que nos quiere mucho, además.

Gabriela me preparó el té. Yo miré para afuera y vi a la Muerte en la esquina: aparentaba esperar el ómnibus. De golpe se dio vuelta y sus bigotes congelaron fulminantemente el fondo del boliche. Le aguanté la mirada, hasta que volvió a esconderla bajo la capucha.

-Es raro -dije. -¿Qué edad podrá tener esa chiquilina, ahora?

-Doce años, como máximo. Se ve que escuchó algo en la casa.

Me quemé con el té, pero seguí tomándolo.

-Quedate con la carta -dijo Gabriela, buscándola adentro de la cartera.

-No, dejala. Está bien. Te lo agradezco mucho. Vamonós por favor, que ya se hizo muy tarde.

No la acompañé hasta su casa. Me quedé al lado de la Muerte y subimos al ómnibus juntos, con la mayor naturalidad.

EL BIGOTUDO vivía en la esquina desde unos cuantos meses antes que yo volviera de París. Tenía una furgoneta y llevaba chiquilines a la escuela. Me lo contó mi padre, cuando llegué a casa.

-¿Tiene pinta de tira, no? -me preguntó.

-Tiene -le contesté.

Y entré al baño para despegar cuidadosamente los documentos que esa mañana no podría repartir.

AL RATO estaba apostado tomando mate en la ventana del living. Claudia llegaba del liceo a mediodía. Yo sabía que había faltado a la primera clase, por lo menos. Había tomado un ómnibus a escondidas y viajado hasta Rivera y Comercio para traicionar a su padre. La vi pasar. Jamás miraba nuestro apartamento, y si nos cruzábamos por la calle bajaba los ojos. Pero aquella mañana los vi resplandecer dulce y furiosamente. Y por todos nosotros.

QUE SE RINDA TU MADRE

por Luis Eduardo Arigón y Leonel Rugama

EL DOCTOR Pettorossi se puso a tomar mate en la puerta de su casa del Cabo Polonio a media tarde. Aquel día de setiembre estaba como sobredorado por el primer campanazo que la primavera hace temblar en los fondos acuáticos. Pettorossi había viajado al Polonio por asuntos de trabajo en la factoría lobera, y mientras estudiaba las gradaciones de la luz sobre el océano se sintió casi en paz. Era la primera aproximación a la felicidad que le lamía los ojos desde el verano del 76, cuando su hija y su yerno y su nieta recién nacida fueron secuestrados por la dictadura en Buenos Aires. No le molestó ser interrumpido por Isaías Cruz, el lobero más viejo del cabo. Cruz había abandonado su puesto de capataz en la Isla de Lobos pocos años atrás, cuando empezó a quedarse ciego. Ahora tenía los ojos

transformados en aljibes de humosa luz lunar. Pettorossi lo observó transitar los roquedales con la delicada inseguridad de un gato alucinado, y apenas sonrió.

-Ya le estaba extrañando la visita, Isaías -dijo para orientarlo.

El viejo se le sentó al lado y alzó su rostro hacia la madurez de la tarde.

-Es una visita un poco interesada -murmuró, sin reírse. -Venía a ver si me aguanta un rato, por lo menos.

Pettorossi le depositó el mate espumoso en una mano, antes de contestarle.

-Si no me equivoco, usted y yo venimos aguantándonos desde los tiempos en que todavía se nos remontaba el barrilete -dijo.

Cruz lo recompensó con una carcajadita.

-Pero ya no es lo mismo -retrucó, devolviéndole el mate. -Hay tiempos que se van. Mejor. Que vengan otros. ¿Se acuerda cuando conversábamos de los charrúas, doctor? El doctor dijo Claro.

-Ahora tengo el problema de que empecé a topármelos -dijo Cruz tanteándose el bolsillo para sacar el naco y la chala. -Desde que quedé ciego del todo me los encuentro a cada rato. No preciso estar mamado: es en cualquier momento. Y me encuentro a otra gente, también. A los loberos de las épocas de La Coronilla, de La Paloma. Cómo sufría esa gente.

El doctor se pasó las manos por el pelo.

-Y hablamos -siguió el viejo. -Eso es lo malo. Me hablan. Y uno tiene que contestarles algo. El otro día me topé con aquella gurisita ciega que vivió un tiempo en Lobos y le conté toda la verdad. Sobre lo que sufríamos.

Cruz terminó de armar y prendió el cigarrillo y tosió hasta las lágrimas.

-Mis hijos no me aguantan, Pettorossi -jadeó. -Dicen que ando chiflado. Y lo comentan adelante mío nomás, como si fuera cierto. El problema más grande es que después que me topo con alguien, tengo que salir a contarlo. O reviento. No tengo más remedio. Algún nieto me da corte, a veces. Pero no entienden mucho. Hoy vine a visitarlo porque acabo de ver un cacique charrúa, abajo de la luna. Estaba fiero, el hombre. Era un cacique que habían matado los españoles apenas llegaron y parece que el hombre había vuelto a pelear, igual. Estaba parado aquí cerca del faro, y no me decía nada. Me miraba, nomás. "Ustedes eran mucho más dueños que nosotros" le grité de repente. Y él se tiró en el suelo y clavó la poronga en la tierra. Y le empezó a pasar la jeta al claror de la tierra como un enamorado. Hasta que uno de estos milicos del faro le ordenó que se rindiera y el charrúa pegó un salto y le gritó que un muerto no se rinde jamás. Y hablaba como nosotros: así como yo le hablo ahora. Se lo juro, doctor.

Pettorossi puso el mate en las manos de Cruz.

-Disculpe -dijo el viejo. -Pero esto que le cuento es la pura verdad, doctor.

Pettorossi tenía las manos en la cara.

MÁS TARDE llegó un caballo montado por un caballo esquelético y una chiquilina de belleza salvaje. Pettorossi sacó una damajuana de tinto y se tomaron un vaso en la puerta, mientras el primer campanazo primaveral se congelaba entre las profundidades granates de la tarde. La chiquilina se llamaba Silvia y era hermana del desaparecido yerno del doctor. Había venido sola a Valizas a preparar un examen. El jinete era un lobero desertor de la zafra invernal de la isla: se llamaba Manuel, y contó que se había rajado de Lobos porque esta vez los estaban cuereando peor que a los bichos.

-Pero si siempre fue así, muchacho -dijo Cruz, con el perfil alzado contra el cielo sangriento. -Siempre se protestó, pero nunca supimos encontrarle la vuelta para que nos cuidaran igual que a los bichos, por lo menos.

-Me acaba de contar el almacenero de Valizas que hoy dieron por la radio que apareció un cadáver en la playa de La Paloma -dijo Manuel, al rato. -Quién sabe quién será.

-Ahora lo que les falta a estos milicos del diablo es dejarlo pudrirse en la orilla, igual que a un peluca -comentó el viejo, con las pupilas densas como dos lunas rojas. -De repente de muertos nos empiezan a tratar igual que a los lobos.

El doctor le pasó la mano por la cabeza a la chiquilina, que tenía el gorro de lana incrustado entre las solapas del sacón.

-Qué pasa -murmuró.

-Nada -tiritó ella. -¿Vámonos para adentro?

SILVIA REGUSCI tenía diecinueve años y estudiaba medicina espartanamente. El doctor nunca la había visto tomar más de un vaso de vino, pero esa noche la vio llenarse varios y supo que la visita era de doble fondo. Cruz cabeceaba acucillado y Manuel preparaba una guirnalda de caracoles bajo la luz turquesa del farol a mantilla.

-Decime qué te pasa, morocha -insistió Pettorossi, volviendo a acariciar el bonete de lana. La muchacha subió una mirada color menta virgen, y al doctor le pareció aspirar el perfume arrancado y salvaje del yuyo.

-Se llevaron al padre de Carmita -dijo Silvia. -Hace un mes y medio. Antes que vos vinieras para acá.

-¿Otra vez?

-Otra vez. Pero ahora no se encuentran señales de él por ningún lado. Hemos revuelto hasta la eternidad.

-¿Quiénes se lo llevaron?

-Los mismos. Lo vinieron a buscar de madrugada. La vez anterior fue parecida, pero la ropa y todo eso se le pudo mandar prácticamente enseguida.

Pettorossi se acható el pelo y terminó su vaso. Se sirvió otro.

-¿Puedo preguntarte en qué andaba el padre de tu compañera? -murmuró. -Aquí estamos en otro mundo, igual.

La muchacha estiró el dobléz del bonete hasta encapucharse.

-Tenía cuarenta y dos años y era un tipo que no miraba el mundo por el ojo de la cerradura. Y trataba que los demás tampoco lo miraran así -roncó. -Más no puedo decirte. Escuchame: Manuel se ofreció a llevarme a Valizas esta noche mismo pero voy a pedirte para dormir acá. Estoy bastante borracha. Y siento como si estuviera un poco muerta, también: a veces siento lo mismo en las prácticas del hospital. Querés tanto a la gente que perdés los pedazos. A mí la gente me saca pedazos.

Entonces Cruz desencorvó el cuerpo como un gallo y enfocó las dos lunas reverdecidas de su mirada hacia el pajonal del techo.

-Eso, jefe -gritó. -Que se les rindan las putísimas madres.

Manuel siguió preparando tranquilamente su guirnalda de caracoles, pero Silvia se arrancó el gorro y terminó clavándole los ojos al doctor. El doctor le hizo una seña amansadora.

-Me topé con la gente de la zafra -dijo Cruz, manoseando fatigosamente su vaso. -Había un alboroto del carajo. Parece que llegó un jefe a la isla, al final. Un hombre alto, de bigotes: lo vi clarito, abajo de la luna. Vino nadando desde la Paloma. Y organizó a la gente en unas horas, parece. Y enseguida cayó la militada del faro y le gritaron que se rindiera, igual que al cacique: el charrúa que le echó aquel polvo de oro a la tierra. ¿Se acuerda, doctor?

Pettorossi dijo Sí.

-Pero no se rindieron un carajo. “Que se rinda tu madre” les gritó el bigotudo a los alcahuetes. Y les mostró un aujero rojo que tenía en la frente, grande como una estrella. Un claror así de grande. “Primero averiguá cómo se hace para matar a un muerto y después te volvéis a hacer el macho” les gritó. Fue algo bárbaro, aquello.

Silvia salió corriendo para afuera y Pettorossi tomó un trago largo y la siguió a zancadas. Entre la congelación cobalto de la noche de setiembre le pasó un brazo sobre los hombros a la muchacha y le subió el mentón para ver el yuyal empapado de sus ojos.

-El padre de Carmita era de los que estaban en la reorganización de la central obrera -dijo Silvia. -Y era alto y de bigotes. ¿Qué onda con este viejo?

Adentro de la casa del doctor, Manuel se había acercado a Cruz para ofrecerle de regalo el collar recién hecho.

-Usted dice sus cosas, Isaías -concedió, con amor de borracho.

-Yo digo la verdad -retrucó el viejo. -¿Entiende?

EL INFIERNO TAN QUERIDO

ME SENTÉ en la esquina del repecho a esperar a Rosario. Apareció enseguida. Traía un vestido turquesa enterizo, y emergió de una vereda incendiada por hibiscos color bermellón. Rosario era rubia y atractivamente delgada, y no aparentaba tener más de veinte años. No saludamos con un beso. Le pregunté por el flaco y me dijo que se había rajado a Buenos Aires. Eso no me dejó de sorprender, pero no pregunté más nada. Empezamos a caminar repecho abajo, sudando a chorros bajo la canícula del día de los Santos Inocentes. La reunión iba a ser en una casa que quedaba en un vértice empozado de dos repechos, pegada a un amueblado conocido popularmente como La Tapera. Yo había estado una vez allí, durante un intento de reconciliación con mi ex-mujer. Vi bajar una furgoneta con cartel de transporte de escolares, en sentido contrario al nuestro. Una furgoneta manejada por la Muerte. Le pasé el brazo a Rosario y le dije que teníamos que meternos urgentemente allí. Que después le explicaba. Ella tensó los hombros y entrecerró la mirada aceitunada, pero trató hasta de sonreír. Caminaba con la cabeza muy baja.

Un hombre grasiento y medio dormido nos dio la llave Nro. 1. La Tapera era una especie de hangar compartimentado, que olía a mercado y a taller mecánico. Las piezas no tenían ventana y ni siquiera olían a desinfectante. El calor se volvió agrio, estropajoso.

-El bigotudo que manejaba esa furgoneta con la que nos cruzamos recién en la calle es un vecino que me vigila desde hace meses -dije apenas entramos. -Nos salvamos raspando. Qué lo tiró: esta pieza es un infierno. Vamos a abrir la puerta del baño, por lo menos.

La luz que filtraba la claraboya era de un color dorado verdoso. Como si te pusieras lentes negros. Empecé a sudar mucho. Hacía mucho que no me acostaba con una mujer. Desde antes de volver de Europa: un año y medio, fácil. Y lo que estaba necesitando verdaderamente en el mundo era enamorarme.

-Tenés idea de cuánto tiempo vamos a estar aquí -me preguntó Rosario con una voz tranquila, aunque demasiado aflautada.

-Supongo que mi vecino el tira se habrá quedado manso -contesté. -Pero tendríamos que esperar un rato, por las dudas.

La muchacha suspiró. En la pieza no había más que un perchero, aparte de la cama y las mesas de luz.

-Sentate, por favor -dije sonriendo. -Hay un solo lugar donde sentarse.

Ella movió la cabeza sin sonreír.

-Voy a acostarme -murmuró. -Estoy muerta. Acostate, si querés.

No tuve más remedio que ver agatunarse el vestido turquesa sobre la colcha que alguna vez fue floreada. Las piernas de Rosario emergieron hasta la mitad de los muslos, cuando me dio la espalda.

-La reunión va a durar horas, igual -atiné a comentar, sentándome de espaldas a ella y prendiendo un cigarrillo con las manos muy húmedas. -No creo que la casa esté fichada. Lo del bigotudo es un seguimiento personal. Me lo zumba un milicote que tengo en la cuadra. De vez en cuando, nomás.

-Puede que esté fichada la casa. O cantada también. Yo ya creo en cualquier cosa -retrucó Rosario, casi en falsete.

-Cuándo se rajó el flaco -pregunté. -Hace una semana y media. Dijo que se tenía que borrar, pero es todo mentira. Se fue atrás de una gurisa. Yo sé bien.

La cama se empezó a sacudir suavemente.

-Ahora soy una liberada perfecta -siguió diciendo Rosario sin dejar de llorar. -Me voy a vivir con mi compañero y apenas me abandona ando metiéndome en los muebles a las doce del día con los amigos de él. ¿Te das cuenta si estará liberada?

Terminé el cigarrillo. Primero tuve piedad por la compañera que recién conocía, y después tuve hambre. Me imaginé abrazándola de espaldas para consolarla. Y todo lo demás. Me lo imaginé fervientemente durante todo el tiempo en que su llanto sacudió la cama.

-Voy a aprovechar para bañarme -dije de golpe.

Tenía la suerte de que la puerta del baño quedara frente a mí. De lo contrario, la explosión de mi monstruosidad no me hubiese permitido ni caminar por la pieza.

ESTUVE UN rato largo sentado bajo la ducha. Me vestí y me senté sobre el water tapado. Prendí otro cigarrillo. No había pensado en demasiadas cosas. Pensé que ni el flaco ni yo merecíamos ser llamados revolucionarios. Yo iba a caer, sin embargo. Era lo más probable. Y sin embargo era como si nunca me hubiese importado la existencia de un solo hibisco color bermellón. Eso sentí, entre la luz verdosa de aquella claraboya por donde se empezó a filtrar Frank Sinatra: *New York, New York*. Que la inocencia les valga, bienaventurados. Al entornar la puerta del baño encontré a Rosario perniabierta. Tenía el vestido muy levantado y jadeaba como una locomotora turquesa. No se podía saber si era sudor o llanto lo que brillaba sobre las colinas de sus párpados. De golpe abrió los ojos aceitunados y sonrió hacia mi asombro.

-Estoy embarazada -dijo. -Parecerá fanatismo, pero ya empecé con los ejercicios respiratorios. Llamá y pagá que estamos atrasados, Abel. Por favor.

Entonces me sentí enamorado de este infierno.

FIEBRE DE SÁBADO A LA NOCHE

in memoriam Eduardo Darnauchans

LEONARDO REGUSCI llegó a la casa del Prado donde debía cantar una hora más tarde, y la encontró demasiado cerrada y volvió hasta 19 de abril. Ahora tenía la sensación de que nadie vendría a escucharlo. Esperó recortado contra un farol fantasmal, viendo los plátanos otoñales sumergidos en la niebla. Fumar entre la niebla hubiese sido como soplar en el viento. Y él no debía fumar, además. Empezó a escuchar campanadas, llegando desde las Carmelitas. Era el último sábado de vacaciones de julio. Una muchacha vestida con una gabardina blanca emergió de un caserón y cruzó la calle corriendo. Leonardo no la vio muy bien, pero se quedó recordando un rostro que lo había hecho enamorarse de la vida bastante tiempo atrás. Después caminó hacia las Carmelitas con la guitarra bajo el brazo y el cuello levantado. Tenía veintisiete años, y hacía veinte que no entraba a una iglesia. Hacía demasiado frío. Entró. Se sacó la gorra y se sentó delante de unas muchachas que rezaban. Una de las muchachas usaba gabardina blanca. Ni le prestó atención, a pesar de la guitarra.

-Me muero por el loco -murmuró una de las voces. -Parece Travolta.

-Pero él se copa con tu prima -murmuró otra voz.

-Mi prima se recopa con Robin Gibb: nada que ver. Me muero por el loco. Me recopa, te juro.

De golpe hubo apagón. Las muchachas chillaron suavemente. Leonardo aprovechó para vicharlas, al amparo de las velas lejanas. La que llevaba gabardina blanca andaría cerca de los veinte años y tenía un perfil griego algo tosco, aunque merecía un lugar en cualquier hornacina. Todavía. Eso pensó Leonardo, bajando la cabeza.

-Que haya baile, Dios mío -la escuchó suplicar.

No quiso volver a mirarla.

LLEGÓ UN poco tarde. La casa estaba llena de muchachos y muchachas sentados por todos lados: el apagón colaboraba con la intimidad. Cuando le festejaron la primera canción encendiendo yesqueros, Leonardo se sintió un Serrat subterráneo. La vanidad no le hizo mal, a excepción de obligarlo a prender un cigarrillo. El cigarrillo le hizo mal. Le costó horrores concentrarse, y tuvo que recurrir a chistes machacones sobre la fiebre del sábado a la noche que asolaba a los clubes y las discotecas: estaba a punto de contar el episodio de las Carmelitas cuando vio a la muchacha. No lo pudo creer. El perfil griego

se recortaba sobre la cumbre de la escalera, y Leonardo tuvo la certeza de que aquel rostro era el único que lo sondeaba en su real desamparo. Entonces empezó a cantar de veras. Se jugó a una balada humosamente erótica, y los ojos de la muchacha terminaron resplandeciendo como astros afiebrados.

CANTÓ MUCHO más de lo previsto. Una miríada de yesqueros estrelló el comedor durante los últimos tres temas. Los estudiantes organizadores le propusieron hacer otro en poco tiempo: un mes y medio, como máximo. Se vendía vino y empanadas, y la muchacha de perfil griego apareció con un vaso para él.

-Yo no tomo -sonrió, sentándosele al lado.

Leonardo agradeció, tratando de que no se le viera demasiado la dentadura. La muchacha era campaneantemente flaca y usaba una pañoleta con filos dorados.

-¿Vos sos algo del guitarrista uruguayo que es famoso en Europa? -le preguntó de golpe.

-Soy el hermano -le contestó Leonardo.

-Ah. Yo lo escuché tocar en Saint-Tropez, el año pasado. Me recopó. Es un genio.

-Parece que sí.

-Me gustaron tus letras. No las entendí mucho, pero me gustaron. Yo prefiero las canciones en inglés. ¿Vos sos de los del canto popular?

-Sí.

-¿Por qué no grabás discos? Me recopás, te juro.

-Tengo tres discos grabados. No se conocen mucho, todavía.

-¿Y por qué actuás en casas? Yo iba a ir a un baile, pero este apagón pudrió todo.

-Hace tres años que estoy prohibido por la dictadura. Puedo grabar, pero no puedo actuar.

La muchacha se crispó. El hervor de la mirada empezó a desvanecerse.

-Qué lástima -murmuró. -La política me pudre. Pudre todo, la política. Por eso no me gusta el canto popular.

Se sondearon fijamente. Después ella bajó un perfil más humillado y tosco que el del cantor.

-Chau -le dijo.

Lo besó. Fue a buscar su gabardina blanca y desapareció.

Uno de los organizadores se sentó al lado de Leonardo.

-Sonamos -comentó sacudiendo la cabeza. -Todavía no sabemos a quién se le ocurrió venderle una entrada a esta enferma. Llegó sobre la hora y no hubo más remedio que dejarla pasar. Te estábamos haciendo señas para que la borraras, pero no nos miraste. El padre es coronel en actividad: uno de los fachos-fachos.

LA LUZ volvió a las tres de la mañana, justo cuando Leonardo abandonaba la casa con muchas copas encima. Los faroles se aneblinaron como cabezas de damas antiguas. El muchacho los saludó haciendo una reverencia.

-Buenas noches, chiquilinas -empezó a monologar, mansa y húmedamente. -El cantor de los dientes oscuros cruza este viejo Prado y sabe que está solo. Pero ahora menefrego. Acabo de cantar en público después de muchos meses y tengo algo de guita. Estoy tan contento como ustedes. ¿No se me nota en el reverdecer de la sonrisa, medusas mías?

De golpe recordó el empapelado de la pensión donde tenía que volver a dormir y se frenó un momento.

-El problema es aceptar que uno está enamorado de la vida -jadeó, sentándose en el cordón de la vereda. -El problema no es tu horror ni mi horror, hermano.

Estaba sentado frente al caserón de donde había emergido la gabardina blanca. Se veía una luz tenue, en el piso de arriba. No se veía la garita donde el milico de guardia cabeceaba sobre un walkie-talkie. Leonardo se puso a tararear su tema erótico.

LA MUCHACHA no recordó ni escuchó nada: ni siquiera el ronroneo de la camioneta del ejército que se llevó al cantor. Permaneció desnuda, y fue la primera vez -después de tanta fiebre de sábado a la noche- que su perfil goteó radiantemente mientras se acariciaba.

BALOMA

para Manuel Márquez

EL CLUB de Pesca era una enorme cabaña quinchada, adornada con las clásicas guirnalda de redes y las no menos clásicas mandíbulas de tiburones. Tenía un prolijo bar rústico en una punta, un futbolito en el centro y mesas que se podían multiplicar (según la concurrencia) hasta la media docena. El rancho del Gallego quedaba muy cerca del club, y la tarde que llegué a Valizas preferimos entrar allí a tomar cerveza. Era un lugar de viejos y de chiquilines, pero el ya casi fresco viento tormentoso le inyectaba una magia caribeña. La segunda cerveza fue inyectada -a proposición mía- por unas ginebras dobles.

-Hoy no me contestaste, cuando te pregunté cómo quedó tu mujer -dijo el Gallego, torciendo su perfil de viudo joven hacia una barra adolescente que entró a jugar al futbolito.

La gorda que atendía el bar acababa de prender dos faroles a mantilla, y las sombras de las muchachas de la barra se empezaban a bambolear como siluetas desnudas sobre los troncos y el quinchado.

-Te contesté -corregí. -Quedó embarazada de siete meses y medio.

El Gallego tiene una nariz igual a la de Artigas, pero sus ojos son dolorosamente pálidos.

-¿Andan mal entre ustedes? -me preguntó.

-Mi mujer se fue de casa. Se fue a lo de la madre, ayer de noche. Con las dos nenas. Dice que no la quiero.

-¿Y qué le atacó?

-No sé: es como una especie de puerperio por adelantado. El otro día me despertó a las tres de la mañana para decirme que el varón que nazca tampoco va a quererla.

El Gallego sabía lo que le hicieron los milicos a Adriana.

-Es por lo del Penal -murmuró. -Putra madre. Y es lógico.

-Lógico y patológico.

En la barra que rodeaba el futbolito había una chiquilina que no podía tener ni quince años. Parecía estar vestida nada más que con una camisa a cuadros, y me miraba desde una osamenta que le afeminaba la delgadez. No jugaba al futbolito ni hablaba ni se reía: movía indolentemente el contador de los goles y cada tanto me sondeaba desde una preciosa profundidad verde excavada en un rostro aindiado. Usaba una gran trenza.

-Y qué opina el psicólogo, o la psicóloga. Supongo que habrán ido a consultar con alguien -dijo el Gallego, ofreciéndome los mejores dientes de tristeza canina que un hombre puede ofrecerle a otro.

-Adriana es casi psicóloga -contesté. -¿Te olvidaste? Le faltan dos exámenes para recibirse. No quiere ver a nadie, por ahora. Por ahora parece que quiere pelearse conmigo. Nada más. ¿Nos tomamos la última?

Un relámpago que reventó aparentemente muy cerca provocó un refrescante escándalo entre los chiquilines, y azuló el corazón frutal que me sondeaba. Cuando volví a besar la cerveza inyectada con ginebra sentí cómo la desesperación se me trenzaba en el pescuezo. Parecía una corbata asesina.

-¿Sabés quién es esa gurisa que está recostada en el futbolito? -murmuró el Gallego. - Baloma Regusci. ¿Te suena?

-Claro. Es la chiquilina que trajeron a fin de año de Buenos Aires. La que encontraron las Abuelas de Mayo, ¿no?

-Claro. La abuela paterna es de los Regusci de San Carlos, y viene a Valizas desde que yo tengo memoria.

-¿Y qué quiere decir Baloma? ¿Es un nombre, nomás?

-Quiere decir paloma en turco -se rió el Gallego, y logró hacerme sonreír. -¿No leíste a Malinowski? Uh: ese polaco fue un mago, además de antropólogo. Con perdón de Gardel. Baloma es el nombre que le dan al alma (el alma que anda suelta después del patapúfete) no sé cuáles nativos de la Melanesia. Los padres de esta criatura habían leído a Bronislaw Malinowski. No te lo puedo probar aquí y ahora, pero podría apostararlo.

-¿Quién era la madre?

-No sé bien. Sé que desaparecieron juntos con el Tano Regusci en Buenos Aires, cuando la nena tenía muy pocos meses. A ella la crió un matrimonio de milicos.

-Sí, eso sé. ¿Y cómo es la chiquilina?

-Bueno -dijo el Gallego, con una mirada que me resultó filosa. -Como ya te debés haber dado cuenta hace rato, es una preciosura. Tiene trece años. Es claustrofóbica y sonámbula, según me han contado. Vive un rancho por medio del nuestro, con la abuela. Se ha llegado a escapar de noche por la ventana y todo. Según me han contado, ojo: yo nunca la vi en trance. Y llevo tres semanas de licencia.

Hubo un par de relámpagos seguidos, y la muchachada se borró chillando. Baloma ni me miró. Pero yo me quedé necesitándola. Tuve la sensación -mientras volvíamos chuequeando por la arena y el viento amenazaba con desmoronar mis cuarenta años antes de ser cumplidos- de no poder recordar a mi mujer. Era como si Adriana hubiese desaparecido.

-Mirá -dijo el Gallego, cuando nos sentamos jadeando en el porchecito del rancho. - Ustedes lo que precisan es un gualicho como la gente. En serio. Mirá que un pelo de magia puede más que una yunta de horrores. Ojalá yo lo precisara. Yo soy viudo, varón. Y cuando se te muere la prenda no hay gualicho que valga.

La caminata nos había desbarrancado hacia la borrachera. Entre el túnel azufrado de un relámpago me imaginé a mis hijas jugando con campánulas incandescentes.

-¿Cómo crecieron tantas flores arriba de ese montón de arena? -le pregunté de golpe al Gallego. -Aquí no crece nada.

Y le miré el perfil de Artigas y los ojos pálidamente caninos, fieles a los fantasmas de la felicidad.

-Crece -me dijo. -Crece. Es un misterio, hermano.

EL RANCHO del Gallego quedaba sobre la playa de Valizas. A las tres de la mañana tuve que salir a fumar al porchecito. Había empezado a lloviznar, y los relámpagos excavaban subsuelos constantes y sonantes. Recordé que la Punta del Diablo valiceña - que penetraba en el mar como un glande verdoso- también recibió el nombre de Punta de las Calaveras, y un relámpago hizo fosforecer su textura secreta. Pobre Bosco, pensé. El oleaje y las campánulas también fosforecían. Yo fumaba un cigarrillo atrás del otro, esperando el latigear de las apariciones. De golpe vi algo como la silueta de un charrúa felinamente abalanzado contra la enredadera: cayó tan rápido frente a las flores, que algunas chuzas se le despegaron de la brillante sombra de la espalda. Tras la próxima iluminación el charrúa se transformó en Baloma, refulgente y real. Estaba desnuda y con el pelo destrenzado. Y yo había salido a esperarla, aunque recién ahora lo supiese. Dejé caer el cigarro y casi no respiré mientras ella arrancaba campánulas para depositarlas al pie de la pequeña duna. No me di cuenta que era un rito mortuario hasta que otro latigazo de luz me hizo soñar dos esqueletos incandescentemente abrazados bajo la enredadera. Entonces entendí. La muchacha sonámbula se escapó sonriendo bajo la lluvia, y yo bajé a recoger una flor.

MAÑANA DE REYES

para Pancho Cerdá

ERA UNA mañana de reyes sofocante, y el hombre se sentó en la cocina a tomar mate y a escuchar uno de los discos preferidos de su padre: el concierto para flauta y arpa que Mozart le escribió a la alumna estúpida.

El hombre estaba soñando un cuento que se iba a llamar *Verdad remota más allá de la muerte*. Sobre el fogón de la cocina había una jaula para ardillas. Estaba llena de virutas, y el espacio aprisionado por la ruedita-trapecio se agitaba en el vaho solar. *Mozart hace girar el polvo enamorado*, escribió mentalmente el hombre. Una mujer gorda, sesentona y teñida de rubio rabioso apareció en la puerta de la cocina. Los ojos color miel se le achinaron cuando dijo:

-Buen día.

El hombre saltó.

-Buen día, Peluca -correspondió, sin el menor entusiasmo. -No te escuché golpear. Ni entrar.

La mujer se sentó y reclamó un mate.

-Por hoy le voy a permitir que me llame Peluca, señor Abel Rosso -advirtió, chupando la bombilla casi con grosería. -Pero yo era Peluca de Oro nada más que para su padre. ¿Conté muchas locuras más, anoche?

-No -movió la cabeza Abel. -Yo no les llamaría locuras.

-Pero tomé demás. Y tus hijos estaban adelante. No me acuerdo muy bien de lo que dije.
-No dijiste nada grave. No te preocupes. Los chiquilines son muy chicos: no entienden nada de esas cosas.

-¿En dónde están, ahora?

-Mi mujer los llevó a la casa de mi hermana. A buscar más regalos.

-Ahá -sonrió Peluca. -Tu hija me acaba de llamar por teléfono desde allí, entonces. Me invitó a ver los regalos y la carta divina que le habían dejado los reyes.

El hombre se frotó la calvicie y prendió un cigarrillo, a pesar de que el pecho le chiflaba un poco.

-Qué chiquilina loca -sonrió. -Fue dramático anoche, cuando murió la ardilla. La mataron ellos mismos, porque se habían empeñado en sacarla de la jaula y usarla de yo-yo: no hubo quien los hiciera entender.

-¿Y qué fue lo que hicieron? Ustedes, digo.

-Les explicamos que Luli estaba muy enferma y que la acabábamos de llevar al veterinario. Y que si la curaban iba a tener que seguir viviendo en el campito de al lado de la Asociación Cristiana. Qué sé yo. Fue dramático. El chiquito me preguntó si algún día podíamos ir a visitarla y Paloma se acercó a la jaula y cuando volvió a la mesa yo me di cuenta que ya había llorado. Entonces me encerré en el escritorio a escribirles la carta, y Melchor les contó que al abrir la ventana del comedor vieron una ardilla blanca como la luna que les hacía señas desde el campito de al lado de la Asociación. “Mirá, papá” gritaba Paloma, mostrándome la carta: “Era Luli, estoy segura. Melchor no debía ni saber lo del veterinario”.

El hombre se acordó que estaba fumando y provocó -sofocadamente- una humareda dorada. El pecho le chilló. Acababa de empezar el movimiento lento del concierto, y el joven Mozart volvió a garabatear una versión de la frase de su vida para la alumna estúpida.

-Che: ¿qué música es esa? -preguntó la mujer. -No es un buen tango, pero mama mía.

Abel miró a Peluca, y la vio rebrillar entre la luz remota de la dicha. De golpe recordó las magnolias que acababan de reventar en la vereda.

-Perdoná -murmuró la mujer. -Pero quisiera preguntarte si antenoche conté lo de mi hijo, adelante de los chiquilines.

-Sí -dijo Abel. -Pero no te preocupes. Los chiquilines ni saben lo que son los desaparecidos. Paloma tiene seis años, recién.

-¿Y qué conté, al final?

-Todo: que vos sabías que estaba vivo aunque los milicos le hubiesen dado la partida de defunción a la mujer. Y todo lo demás.

-¿Lo del teléfono también? ¿Conté que a los tres días que lo dieron por muerto un amigo recibió una llamada donde él le decía que estaba bien?

-Sí -dijo el hombre, frotándose ásperamente la calvicie. -No te preocupes más, Peluca. Por favor.

-Lo que pasa es que lo primero que me dijo Paloma esta mañana en el teléfono fue: “Apareció. Apareció”. ¿Te das cuenta?

Abel miró la jaula y sacudió suavemente la cabeza. Se quedó tomando mate en silencio hasta el fin del concierto. Cuando la mujer se levantaba para irse escucharon un pestillazo, y una niña de mirada muy grande y muy celeste entró jadeando a la cocina. Tenía una muñeca de acción entre los brazos.

-Miren lo que me dejaron los reyes en lo de tía Ma-Sa -anunció, y le hizo una seña a Peluca como si las dos tuvieran la misma edad. -Pero el regalo más lindo que me dejaron fue la carta donde Melchor dice que vieron a Luli.

Y volvió a la calle sonriendo. El hombre y la mujer se miraron muy fijo, y caminaron hasta la ventana del comedor. Paloma había apoyado su muñeca de acción en el tronco de la magnolia, y resplandecía tan polvorientemente como alguien que organiza la habitabilidad de una trinchera.

EL CIELO EMPIEZA EN EL SUELO

para Sergio Giovanetti Viola y Juan Carlos Onetti

EL MÉDICO de guardia cruzó casi tambaleando el espacio enjardinado de los apartamentos y abrió su coche y guardó el maletín, antes de arrancarse la casaca blanca de manga corta con la que trabajaba. La casaca estaba vomitada sobre su pecho. El hombre quedó desnudo de la cintura para arriba y se frotó una mancha de humedad maloliente que lo había traspasado. Apenas tiritó. Los árboles del Prado se recortaban como cumbres sobre el amanecer bilioso. El médico acababa de terminar la guardia de primero de año. Era un hombre muy joven, con algún pliegue de papada precoz que parecía instalarlo más en su infancia que en su decrepitud. De golpe lo llamaron. De los apartamentos salió corriendo un muchacho microcéfalo vestido con un jogging y una camiseta de Liverpool. El médico se refugió en el coche y puso la llave en el arranque. El microcéfalo aplastó su cara contra el fulgor de la ventanilla y sonrió.

-Gracias, doctor -gritó. -Por dejar que mi viejo se fuera al cielo.

El otro lo miró con ese grado de odio que genera el cansancio empantanado, pero curvó la boca. Después hizo una seña para saludar al muchacho y arrancó y dobló la esquina a una velocidad chirriante.

AL MICROCÉFALO le decían Tito, y tenía una mirada sedosa y desasosegada. El médico llegó al apartamento cuando el padre del muchacho ya estaba muerto hacía bastante rato sobre una cama de matrimonio, vomitado hasta la cintura. Era un gordo cincuentón largo, de ropas impolutas y pelo exageradamente engominado. Había muerto muy borracho. El médico echó a la familia del cuarto, aunque antes pidió colaboración para colocar el cadáver en el suelo. Entonces se dio cuenta de que ni la mujer ni las tres hijas lloronas querían tocar al gordo. Tito lo ayudó. El hombre retorció hacia un costado la lengua del cadáver, y al arrodillarse para incrustar su boca y empezar a soplar se vomitó encima. Cerró los ojos un segundo. Estaba acostumbrado a esos accidentes. También estaba acostumbrado a intentar reanimar boca a boca a gente que tenía una posibilidad casi inverosímil de resucitar. Una vez lo había logrado. Era una esplendorosa muchacha rubia de dieciséis años, y el hombre tuvo la sensación de estar soplando y golpeando alternativamente el corazón del mundo durante sesenta minutos: estuvo a punto de morir ahí arriba, pero al final la mirada entreabierta de la muchacha relampagueó como una eternidad azul. Se murió a las veinticuatro horas en un Centro de Tratamiento Intensivo, pero el médico recordaba aquella madrugada como al mediodía de su casamiento. Ahora Tito lo había estado observando con una titilante concentración de súplica y él trabajó un rato muy largo hasta que se paró, sacudiendo la cabeza. Entonces el microcéfalo salió del dormitorio levantando los puños, y su madre y sus hermanas levantaron al unísono el volumen del llanto. El Tito daba saltos como si festejara un gol en el estadio.

EL MÉDICO pisó a fondo el acelerador por la subida de Lucas Obes. Acababa de terminar la guardia mejor paga del año y calculó que trabajando todo enero a full podría arreglar el coche y hasta veranear una semana o dos. Después pensó en su mujer y en sus hijos, pero las ganas de morirse le amarillaron la cara como un maquillaje. De repente vio una sombra en medio de la calle y no le alcanzó el frenazo y subió a la vereda y terminó chocando contra un jacarandá que antes de resquebrajarse derramó una llovizna azulada sobre su parabrisas. El hombre recibió un golpe amortiguado en el pecho, y pudo sacar la cabeza enseguida para mirar al caído. Era un niño muy flaco, de cráneo alargado y enormes ojos resplandecientes clavados en el cielo. Tendría unos cinco años. Estaba vestido con un equipo completo de Liverpool, y abrazaba una pelota con el brazo derecho. El hombre corrió como pudo hacia la mitad de la calle. El caído permaneció inmóvil, levantando su mirada fluvial y mansamente viva entre el oro purpúreo del amanecer. Algunos vecinos salieron de los apartamentos y los fueron rodeando. El médico ya se había arrodillado para revisar al chiquilín hasta que una mujer le dijo:

-No tiene nada. Se llama Tato Carro, y vive en la puerta 4. Primer piso. Anoche anduvieron dándole a la sidra con el Tito, me parece. Pero la abuela le va a contar mejor lo que le pasa. ¿O quiere que lo lleve yo?

-No -murmuró el médico. -Lo llevo yo. ¿Dónde me dijo que era?

EL HOMBRE hizo una seña para espantar a la gente amontonada y cargó suavemente al chiquilín, hasta apoyarlo sobre su hombro y sostenerlo con el brazo derecho. Con el izquierdo llevaba la pelota.

-Tranquilo, Tato -dijo. -Tranquilo, que no va a pasar nada.

Tato jadeaba su mansedumbre enganchándole el mentón en el omóplato, casi hasta lastimarlo. Estaba totalmente meado.

-Yo me llamo Rabí -agregó el médico. -José Rabí. A ver: me parece que esa señora que está en la ventana debe ser tu abuela.

Tato sufrió un escalofrío pero no se dio vuelta, y el hombre tuvo que accionar el pestillo con el pie cuando se oyó el zumbido del portero eléctrico. Al terminar de subir la escalera vio a una mujer no demasiado vieja escrutándole con avidez el pedazo de pecho que le quedaba al desnudo. Rabí le dio los buenos días y le puso la pelota en la mano, aunque no soltó al chiquilín. La mujer era apenas sesentona y exhalaba una resaca que parecía escapársele por los ojos.

-¿Usted fue el que casi lo pisa? -preguntó, dándose vuelta para entrar al living. -Pase, señor. Tato: andate a tu cuarto. Por Dios. Y te bañas inmediatamente. ¿Escuchaste?

El muchacho hundió tanto el mentón que provocó un viborazo en la espalda del médico.

-Vamos, hijo -ordenó Rabí. -Andá, que después te ayudo a inflar la pelota.

Tato se dejó colocar en el suelo y miró a Rabí.

-Corré -hizo una seña el médico.

-No -gritó la mujer. -¿No ve que tiene puestos los zapatos de fútbol? Él sabe que no puede caminar por el parqué con esos zapatos. Primero se los saca. Y sin mojarme nada porque lo mato: está meado, otra vez.

Entonces el médico se arrodilló para desatarle los zapatos al chiquilín, y se los puso en la mano. Tato volvió a mirarlo, antes de renguear hacia adentro.

-¿Por qué renguea? -preguntó Rabí.

-Porque cuando al papito le daban los ataques lo reventaba a patadas -mostró los dientes ferruginosos la mujer. -El papito estuvo preso cuatro años, cuando la dictadura. Cayó por hacer de chofer de uno de esos bolches mafiosos que ahora salen tomando mate en el diario: imagínese qué cerebro tendría mi yerno.

-¿Su yerno se murió, señora?

-No. Está internado. Hace dos o tres meses le empezaron a dar unos ataques (después de un año de haber quedado libre) y decía que Fantina (mi hija) y los chiquilines eran milicos. Les daba unas palizas que los dejaba deshechos. Tato no tiene nada, pero cuando anda

triste le da por renguear. Yo ya no aguanto más. La mujer agarró la pelota y se la puso delante de la cara.

-¿En dónde está su hija? -preguntó el médico, pasándose las manos por la papada arcillosa y lampiña.

-Con el marido. Brindó con nosotros y se las tomó a ver al maridito, al loquero. Me dejó cargando con los gurises hasta la noche de fin de año: ¿se da cuenta? Yo no me salvo nunca. Tato se me escapó y no hubo quien lo encontrara. No puedo más con Tato. Ahora me acaban de decir que estuvieron tomando sidra con el bobo de los Baroffio. Usted viene de allí, me dijeron.

El médico dijo Sí, mirando el bamboleo de la pelota.

-La nena no me da tanto trabajo -escuchó suspirar a la mujer después de un carraspeo flemoso y maloliente.

-Si hubiera que atenderla a ella sola (Fantina trabaja más de catorce horas por día) yo no tendría mucho problema. Pero el varón es un infierno. Yo fui maestra de jardinera y le enseñé a leer a los tres años. Es un genio, el gurí. Pero es loco, se lo aseguro: está escribiendo un libro de poemas. Aunque usted no lo crea. Al principio se lo festejábamos todos. Pero resulta que una semana después que internaron al padre lo pesqué en la cocina, robándome el vino. Mi ex-marido es borracho. Y los poetas son todos borrachos y locos, doctor: sé muy bien por qué lo digo.

La mujer empezó a refregarse la cara con la pelota.

-Al único poeta que conozco es a mi hermano -dijo Rabí, tanteándose el pecho en el lugar del golpe. -Y cuando se pasa con las copas hay veces que habla como un santo. Aunque nadie lo escuche.

-Bueno, yo también tomo mis copas -concedió la mujer. -No me acuerdo muy bien de lo de anoche. Pero sé que no lo pude encontrar, al santo.

-No lo dejaste entrar, abuela -dijo una voz de niña, desde la puerta del corredor.

La vieja dejó caer la pelota y Rabí casi se levanta para que no se le viera la cara. La niña era una maravilla degasiana y echaba un dulce fuego verde por los ojos agrietados de gris.

-Mi hermano volvió a las cuatro de la mañana y no lo dejaste entrar -repitió, con una agresividad corporal aprendida de las telenovelas. -Te gritó desde abajo que apenas habían empezado a jugar al fútbol el padre de Tito Baroffio se fue al cielo, y que el Tito lo convidó con sidra porque irse al cielo es lo mejor del mundo.

-Callate -roncó la vieja.

-No me callo nada. Porque además vos lo echaste, nena. Le dijiste que en esta casa no dormían borrachos, y que se acordara que nunca te había pasado una puta pensión o algo así. Y mi hermano te gritó que se iba. Pero no entendí adónde.

La vieja se paró, con los ojos entornados. Rabí también se paró, pero no pudo desviar el pelotazo que se estrelló en la pierna de la chiquilina.

-Más puta serás vos -dijo la vieja.

La chiquilina se limpió los ojos en silencio y desapareció.

-¿Por qué no se sienta, señora? -dijo Rabí. -Y se tranquiliza un poco. ¿A qué hora piensa que llegará su hija?

La vieja lo enfocó con su rostro pantanoso y se volvió a sentar.

-Venga esta noche -suspiró. -O esta tarde. Hoy la encuentra todo el día. Hagan lo que quieran. Yo aquí no pienso quedarme más, igual: me voy a la mismísima mierda. Y que aguante quien pueda.

-Yo voy a pasar a despedirme un momento de Tato, si me permite. La mujer volvió a escrutarlo en silencio el pecho desnudo. El hombre se tanteó maquinalmente el moretón y la tetilla donde se había filtrado el vómito, y después caminó hasta la puerta del corredor. Mientras la trasponía se agachó a recoger la pelota desinflada.

TATO ESTABA acostado exactamente igual que en la calle, aunque con la cabeza sobre una almohada y la enorme mirada fluvial clavada en el azul de la ventana. Rabí apenas tiritó. En la otra cama estaba la chiquilina, pintándose los ojos y los labios. Tendría once o doce años, pero enseguida que vio al hombre soltó los cosméticos y se tapó hasta el pescuezo.

-Cómo te llamás -le preguntó Rabí, sentándose sobre un escritorio.

-Alejandra -dijo la chiquilina.

El vapor de las lágrimas recientes atravesaba el maquillaje como el vaho de un jardín. Rabí colocó la pelota en la cama de Tato y leyó un papel escrito infantilmente a lápiz sobre el cual acababa de sentarse sin querer. El texto decía: *Si ves bolar algun dia a una paloma de paz. De paz siempre beras las palomas porque la primera paloma en tu corazón quedó.* -Es un poema de mi hermano -dijo Alejandra, haciendo una mueca de mujer fatal.

Rabí observó al chiquilín, y por primera vez en mucho rato sintió la humedad de su orina sobre el brazo derecho. Tuvo la sensación de estar rociado por el oro de Midas. La mirada imperturbable de Tato se perdía y se perdía con más hondura entre el azul remoto, y el hombre controló la desesperación y empezó a juntar aire.

-¿Sabés adivinanzas? -le preguntó de golpe a Alejandra.

-Uh: sé repila -muequeó la niña. -Y mi hermano las inventa.

-A ver: decime una.

-¿Una que haya inventado mi hermano?

-Sí.

-¿Cuál es la esposa de los millonarios?

-No sé -dijo Rabí, bajando suavemente la persiana hasta que la mirada de Tato se nubló.
-No sé, no sé. Me rindo.

-La plata. ¿Y cuál es el sol que nunca alumbra?

-Tampoco sé.

-El sol-dado.

-Muy buenas. Che, Tato: ¿las vendés, las adivinanzas?

El chiquilín lo miró pestañeando.

-Te está preguntando si vendés las adivinanzas, tarado. ¿No te das cuenta? -chilló Alejandra.

Tato no dijo nada pero bostezó largamente y relajó su delgadez como un hilo de cometa que vuelve a tierra.

-Te las voy a comprar -dijo Rabí, frotándose la papada en posición de negociar. -Puedo pagarte hasta cincuenta pesos por cada una. ¿Está bien?

Tato lo miró fijo y volvió a bostezar.

-Dale, tarado. Decí que sí -se entusiasmó Alejandra.

El niño sacudió la cabeza para afirmar y el médico le agarró los tobillos con fuerza.

-Ahora les voy a hacer una yo -dijo, poniendo cara de animador de televisión. -¿En dónde empieza el cielo?

Hubo un hondo silencio.

-¿Se rinden? -preguntó Rabí.

Los chiquilines sacudieron la cabeza al unísono.

-En el suelo -dijo el hombre, soltando los tobillos de Tato. -No se ve, pero empieza en el suelo. Uno pisa la tierra y respira el cielo: ¿entienden? No precisamos morirnos: lo único que precisamos es respirar, para ir al cielo.

Alejandra se rio fuerte. Tato se acomodó para dormir y el hombre recordó el mediodía sosegado de su casamiento.

LES VAMOS A COBRAR HASTA LAS MALAS MIRADAS

para Tomás Borge

ERA UN atardecer de domingo de invierno congelado y lluvioso, y yo había invertido cuatro horas en dos casas sin conseguir una bendita firma para el referéndum. El repecho de Grito de Gloria pareció terminar en las puertas de la eternidad. “Algún día descansaremos” murmuré cerrando el paraguas frente al último timbre que pensaba apretar aquel domingo: “Algún día descansaremos”.

Una vieja gorda y tuerta me enfocó con su ojo agigantado como por una lupa. Tenía un hombruno olor a alcohol. Le di las buenas noches y le pregunté por el señor Rodríguez. Rodríguez era un vecino sesentón y rubicundamente amable, que yo conocía de intercambiar comentarios irónicos sobre los precios de las cosas en el almacén. Hacía bastante tiempo que no me lo encontraba.

-El señor se está muriendo de tristeza -dijo la vieja. -¿Por qué asunto es?

-Es por el referéndum -me animé a contestar.

La mujer me acercó su ojazo de ballena. Era gredosamente azulado, como los ojos de los recién nacidos.

-Ahá -roncó. -A usted no lo conozco. Mi nombre es Doñarrosa.

-Yo me llamo Abel. Hace poco que volví al barrio. Estoy aquí cerca. En los bloques del Banco Hipotecario.

-Bueno, conmigo pierde el tiempo porque yo ya firmé: la primera vez que pasaron. Pero mi hija y mi yerno no firmaron. Mi hija no está, en este momento. Y no va a mover un dedo, se lo aseguro. Pero mi yerno quién sabe. Va a tener que pasar a la cocina para hablarle. Está chorreando barro, mijo. ¿Quiere una caña? Venga. No se preocupe, que yo después limpio.

Arranqué detrás de ella. Doñarrosa debía andar por los cien quilos y los ochenta años muy largos, y rezumaba una ansiedad implacable y jadeante. La antecocina estaba iluminada por un televisor sin volumen: una humareda arcoírica se bamboleaba contra el cielorraso.

-Acá hay alguien que te quiere ver -dijo la vieja, y prendió un tuboluz.

Rodríguez dio una lenta pitada al cigarrillo y me ofreció la redondez completa de su rostro: la trama roja de venitas y arrugas se había vuelto una red biliosa. Y en sus hinchados ojos de pescado rebrillaba la Muerte.

-¿Conocés al vecino? -le preguntó la vieja, sirviéndome una caña y recargando su propio vaso.

Rodríguez sonrió.

-El vecino viene a ver si te decidís a firmar por el referéndum -lo apuró Doñarrosa acercándole su ojazó, y yo me hubiese escapado corriendo.

Rodríguez prendió un cigarrillo con otro y su mirada se hundió lejanamente. Pero emergió enseguida. Y volvió a sonreírme.

-Para qué -preguntó, con horrible dulzura. -Si esto no va a dejar de ser un infierno, vecino.

-Para que por lo menos se muera menos gente de tristeza -sentenció Doñarrosa. -Dale, firmá y dejate de joder. Yo te traigo la credencial. Sé dónde está guardada.

Rodríguez suspiró una humareda interminable y se puso a toser. El acceso de tos también fue interminable. Yo me tomé la caña de un saque. “Algún día descansaremos” volví a pensar bajando la cabeza: “Algún día descansaremos”. Rodríguez lagrimeaba.

-Alcánceme la hoja, por favor -dijo después de un rato.

En ese momento la vieja apareció con la credencial y me hizo una guiñada. Fue algo como el crujido plateado de un planeta.

LO VELARON en la casa, a Rodríguez. Era otro devorador domingo de invierno, y nunca supe bien por qué fui. Saludé a un par de vecinos, y antes de averiguar dónde estaba la vieja miré el ataúd abierto. Lo hago muy pocas veces. Fue la primera que me tocó enfrentar a un muerto rozagante. Realmente sonreía, además. Y su piel poetizaba la retórica frígida y polvosa del tul. El llanto de la viuda llovía adolescentemente entre el vaho de los rosadales encarcelados en coronas. La mujer andaría por los sesenta, pero tenía una especie de antifaz de hueso que le alzaba los pómulos hacia un sesgo danzante. Daba la sensación de que esos pómulos habían quedado estatuizados (como colinas de un rostro de cera) en un baile de quince. Un tipo cuarentón -canoso y de lentes negros- la abrazaba. Me dijeron que Doñarrosa estaba en la cocina.

La encontré sola y borracha, aunque su ojo de ballena reverberó al reconocermé. Le di la mano. Ella me sirvió una caña. En ese momento la voz de la viuda se alzó sobre la casa y yo recordé los pómulos. La mujer desencadenó un monólogo que parecía haber sido repetido y perfeccionado casi artísticamente:

-Ustedes no se puede imaginar lo que ha sufrido este muchacho -les decía a los recién llegados. -Lo que sufrió, mi Dios. Desde que Julio se enfermó estaba como poseído. Y eso que se veían tan poco. Tan poco. Pero te juro que nunca supieron lo que se querían, los dos. Tenían que verlo a este pobre -mirá, mirá la cantidad de canas nuevas que tiene- yendo a buscar las placas y los análisis y pidiendo consultas con un enloquecimiento que te desesperaba. Y lo venía a ver al padre y se le sentaba adelante y hasta llegó a ponerse rabioso para que no fumara más. Y el padre se reía. “No te preocupes, mijo” le decía: “Yo estoy bien”. Y se murió en tres meses. No alcanzó a estar internado ni una semana. Al

final Julito armó un escándalo en el hospital y localizó a un neurólogo que fue compañero de él en el Militar y entre los dos forzaron una fibrobroncoscopía. Y era cáncer de pulmón. Pensar que le habían diagnosticado falta de irrigación cerebral y hemiplejía de yo qué sé qué tipo y hasta un tumor en la cabeza. Pero Julito lo había dicho de entrada: el cáncer debe venir de más abajo. Pobre hijo.

Hubo silencio. Me imaginé que el llanto había vuelto a llover sobre el antifaz de hueso y decidí zarpar, pero Doñarrosa me prensó un brazo y me sirvió otra caña.

-¿Cómo va el referéndum? -preguntó.

El ojazo se había puesto granate.

-Marcha lento -le dije. -Ahora marcha más lento.

-Pero se van a conseguir las firmas.

-Se van a conseguir, seguro. Es cuestión de trabajo.

-Es cuestión de muchas cosas -roncó la vieja, y el ojo le sangró una lágrima pesada. - Cuestión de muchas cosas. El plebiscito podrá hacerse o no. Y la ley de perdón para estos torturadores podrá echarse para atrás o no. Pero estamos cobrándoselas: yo le aseguro que estamos cobrándoselas. Cada firma les duele como si fuera una sentencia: ¿entiende? Criminales de mierda. Ellos y sus patrones. Ellos y su perrada.

Doñarrosa empezaba a gritar.

-Claro -le dije. -Pero tranquilícese.

-Me tranquilizo un cuerno -aulló. -Les vamos a cobrar hasta las malas miradas: hasta las malas jetas les vamos a cobrar. Porque yo trabajé como una burra toda la vida y mi yerno también. Pero a mí no me matan de tristeza. Ni me matan odiándome, tampoco. El ojazo de ballena se alzó hacia la puerta y dejó de chorrear.

-Por qué no respetás a los muertos, abuela -siseó una voz que me hizo dar un salto.

Era el hombre canoso y de lentes oscuros que yo no había reconocido al entrar. El hijo de Rodríguez. O mejor: Julio Rodríguez Hill, médico militar. Estábamos muy cambiados, los dos. Él también demoró en reconocermé. Por suerte usaba lentes espejados.

-¿Respetar a los muertos? Pero mirá qué jeta -volvió a aullar la vieja. -Y todavía se creen que la gente es idiota. Y se creen que todo el mundo tiene que ser basura como ellos. La gente come mierda porque se la encajan en la jeta desde que nace. Pero no somos basura, coño. Y mi yerno tampoco era idiota. Coño: si habrá sido un buen hombre. Yo lo sé.

La hija de Doñarrosa se abrazaba a sí misma en la puerta de la cocina, y sus pómulos se derrumbaban como colinas de cera incendiándose. Pensé en la rozagante paz de Rodríguez.

-Mirá -dijo el hombre encanecido, y dio un paso hacia la vieja.

Me le paré adelante.

-Portate bien -le dije.

Era lo mismo que le gustaba decir a él en el Penal de Libertad, cuando nos revisaba para ver si nos podían seguir torturando. Me aguantó la mirada un momento y relojeó a la vieja (que relumbró ciclópeamente sobre sus lentes) y volvió al comedor. La madre salió detrás de él, pero no se escuchó nada más que un portazo.

LOVE STORY

para Lola Fernández y Silvia Peyrou

ERA UN perfecto atardecer de verano de 1988, pero las playas montevidéanas estaban casi desiertas. En los bajos del hotel Oceanía -en plena rambla de Punta Gorda- funcionó veinte años atrás una discoteca bautizada Chez Carlos, y la propaganda radial y televisiva le llamaba a ese lugar “la curva del ensueño”. A una casa por medio del hotel funcionó -poco tiempo después, y durante muchos años- un centro de torturas. Frente a la fachada del ex-centro de torturas que daba a la rambla desembocaba una corriente gris perla, con olor a pudrición. Eran las aguas servidas de la zona, que no habían podido ser depuradas por un gigantesco colector construido para eso. Todas las playas de Montevideo estaban contaminadas mortalmente.

Una pareja bajó caminando desde el bucólico lomo verde de la Plaza Virgilio y cruzó la rambla y se sentó en las rocas de Puerto Piojo. El rosado macizo de las rocas formaba un hoyo oculto que parecía excavado para los amantes. La luz horizontal amieló densamente el pelo suelto y las pecas de la muchacha, que se sentó agarrándose las rodillas y bajó la mirada. El hombre miró el último sol, con los ojos entornados.

-Qué barbaridad -dijo. -Qué atardecer brutal.

La luz horizontal se sumergió un milímetro y el hombre desnudó sus córneas estragadas por un brillo aceitoso.

-Bueno, llegó la hora -murmuró sin solemnidad.

Dejó el termo y el mate que llevaba en los brazos adentro de un canasto, y sacó una botella y un estuche de joyas.

-Esto de brindar con espumante caliente y tomando por el pico de la botella no es tan cursi como comprometerse, por lo menos -agregó, acariciando la nuca de la muchacha.

Ella no dijo nada. El hombre manipuló con mucho trabajo el tapón del espumante hasta que se produjeron la explosión y la chorrera. Tomó un trago muy largo.

-Bueno -dijo. -Tomá vos, mientras yo saco los anillos.

Ella sostuvo la botella entre las piernas y subió una mirada tornasolada.

-No quiero -murmuró.

Trató de sonreír, y la luz le doró una dentadura donde había un triangulito cavado entre la juntura interior de las paletas.

-Quedamos en tomar los dos -dijo el hombre riéndose.

-¿Qué es lo que no querés? ¿El anillo? La muchacha volvió a bajar la cabeza.

-Quiero el anillo -contestó. -Pero primero quiero que me expliques bien qué es lo que puede pasar después.

-Me pediste que no te lo contara hasta mañana.

-Pero ahora estoy pidiéndote que me lo cuentes hoy.

El hombre agarró la botella y volvió a tomar otro trago muy largo.

-Quedamos en pasar un momento feliz -dijo. -¿Sin melodramas, no?

-Yo no hago melodramas. Pero me acabo de dar cuenta que no puedo estar feliz sin saber la verdad. Nadie debe poder.

-A lo mejor tampoco podés estar feliz después de saberla. Yo te puedo decir la verdad sobre el informe médico, pero lo que importa es el resto de la verdad. Y el resto depende más de nosotros que nosotros del resto.

La luz volvió a cambiar. La corriente gris perla y los habitantes del hoyo se quedaron sin sol directo, aunque resplandecían con mayor nitidez. El rebote del agua contra las rocas y el hedor cloacal crecieron acompasadamente. Una gaviota arrancó chillando hacia la rambla y su blancura se amarilló de golpe, al recortarse sobre la fachada del ex-centro de torturas. Era un chalé de dos pisos repintado y desierto, con tejas españolas y ladrillo visto: tenía columnas revestidas de piedra y una gran balaustrada y grandes mochetas blancas. El sol parecía incendiarlo.

-Está bien -dijo el hombre. -Pero tomá un trago. Siempre soñé con tomarme un espumante con una chiquilina preciosa en la curva del ensueño: cuando tenía quince o dieciséis años me tiraba de noche en la Plaza Virgilio y me imaginabas bobadas así.

La muchacha sonrió. Los ojos -sin el sol- eran profundamente azules, aunque las córneas estaban inyectadas por un flujo filoso.

-¿Eran muy relajados los sueños? -preguntó.

-No. En los sueños de los quince años había puro besito, igual que en las películas de aquella época. El bobo en la colina, parecía yo. ¿Te acordás de la canción?

La muchacha se rio fuerte.

-En el chalé de aquí atrás fue bastante distinto -bajó la voz el hombre. -No me imaginaba las cosas con espumante pero me las imaginaba todas, te puedo asegurar. Allí me soñé todo.

La muchacha tomó un trago, y cuando bajó la botella tenía las pecas fosforescentes. A medida que el sol se sumergía, la extensión de la luz parecía ser más honda. Los focos de la rambla acollararon la quilométrica orilla de la ciudad, podrida y titilante.

-Mirá: si querés que te cante la justa vamos a empezar por el principio -dijo el hombre, volviendo a agarrar la botella. -El asunto fue aquí. En la mismísima curva del ensueño, my sweet Tatum O'Neal. Lo que pasa es que nunca te quise contar algunas cosas.

-No me cuentes, entonces.

-Sí. Porque es la verdad. Vos querés que te cuente la verdad.

-Pero no te enojés conmigo.

-No me enojo contigo. Fue ahí atrás que me dieron la patada. "Si después de esto te queda algún huevo podés seguir haciéndote el macho, nomás" me dijeron. Y cuando me desperté me acuerdo que te vi venir caminando por arriba del agua. Venías desde Pocitos, o desde más allá. Y atrás había como una manifestación. Como una procesión. Y ninguno se hundía.

-¿Podemos tener hijos?

-Podemos.

-¿Hay metástasis?

-Parecería que no. Pero tengo que hacerme controles permanentes durante cinco años. Si después de cinco años no aparece ninguna metástasis puedo morirme tranquilamente de otra cosa. Igual que todo el mundo. Lo que hay que hacer es tener huevos durante cinco años y después seguirlos teniendo durante toda la vida.

El hombre manipuló los anillos de compromiso en el momento en que la última luz azulaba la costa.

¿ACASO NO MATAN A LOS GATITOS?

para Carla Mazzioti

RODRÍGUEZ HILL estacionó la lujosa camioneta en el jardín, y se quedó un momento observando los ventanales cuadriculados que emergían como un medio hexágono sobre el césped. Estaban pintados de blanco y tenían cortinados de voile. Un suave resplandor recortaba el perfil de una muchacha rubia desmelenada frente a una TV. En las jardineras que rodeaban los ventanales se remecía el trasluz de una avalancha de flores blancas y violetas. Pocos metros más adelante, resaltaba la sombra de un enorme tronco cortado casi al ras.

Rodríguez Hill sonrió. Después abrió un maletín para sacar una automática que guardó en la campera negra que usaba sobre su impoluto uniforme de médico. Era un hombre cuarentón largo y ya muy canoso, aunque los lentes espejados y la electricidad muscular le delataban una adolescencia de sobrevivencia salvaje. Sólo una respetable barriguita de whisky le traicionaba aquella juvenilidad. Ahora había abierto la camioneta por detrás y agarrado una garrafa de querosén. En el momento de pisar el perfume del césped vio detenerse dos bicicletas en la calle: los ciclistas usaban uniforme naranja y pertenecían a un servicio particular de vigilancia. El médico observó el encendedor y los cigarrillos que manipulaban los cuidadores y mostró los colmillos en la oscuridad. Abandonó la garrafa y caminó hacia ellos.

-Qué pasa.

Los muchachos doblaron la cabeza al mismo tiempo y dijeron Buenas noches. Tenían miradas suciamente domesticadas.

-Estoy preguntando qué pasa -repitió Rodríguez Hill, apoyándose las manos en el cinturón para entreabrir un poco la campera.

-Nada -dijo uno de los muchachos. -¿Algún problema, jefe?

El médico volvió a desnudar los colmillos en forma sonriente.

-Si tengo algún problema no te lo voy a batir a vos, basura. ¿Qué te parece este chiche?

Y entreabrió la campera hasta mostrar el bulto de la automática.

-Quiero que entiendan una cosa y se lo expliquen a todos los demás alcahuetes -siseó Rodríguez Hill. -No pisen esta vereda. Y si encuentro a uno solo de ustedes mirando a mi hija o a mi mujer, los mato a todos. Aunque las miren en la parada del ómnibus de allá abajo. ¿Entendieron, basuras?

Los muchachos tiraron los cigarrillos y pedalearon requintándose los sombreros naranjas.

-NO, NO puedo -dijo el médico. -Me hacés acordar demasiado a mi hija.

Y antes de caer de espaldas sobre la cama le pidió un Marlboro a una esplendorosa chiquilina pelirroja que parecía llorar. La luz de la veladora del motel le despellejaba las pupilas como a uvas.

-Hace quince años que no fumo -dijo Rodríguez Hill. -Si me viera mi vieja. ¿Qué porquería fumaste vos, si se puede saber?

-Marihuana, papito.

-Ando bien, ando bien. El doctor Rodríguez Hill encamado fumando con una mina drogada y haciendo papelones, arriba. ¿Vos sabés que yo nunca le había pagado a una mina?

La chiquilina parpadeó.

-¿Quién te metió en la joda? -siguió el médico, echando el humo con pose de liceal. -¿Los mismos que te hicieron salir Miss Uruguay y Miss Punta del Este?

-Y Miss Valparaíso. Y no me hizo salir nadie: salí sola, papito.

-No me sigas llamando así. Te conviene. ¿Quién te metió en la joda?

-¿Qué joda?

Rodríguez Hill aplastó el cigarrillo a medio fumar y se pasó las manos por el pelo.

-Esta tarde compré querosén para infiltrar las raíces de una araucaria que mandé talar el mes pasado -dijo, como si nadie lo escuchara. -Iba a terminar levantándonos el piso del comedor, o reventándonos el techo en cualquier momento. Araucaria podrida. Entonces a mi hija le vino como una locura y se pasó una semana jodiéndome para que no la cortara y una semana llorando en la cama después que la corté. ¿Sabés lo que sentí, al final? Que me había muerto yo. Eso sentí.

La pelirroja parpadeó varias veces.

-Quince años tiene la nena -siguió contando el hombre. -Y está ennoviada con el mismo malandra desde que tiene diez. No se puede creer. Este año estoy seguro que la eliminaron en el liceo. Pero yo la mato: te juro que si pierde el año yo la mato. Ahora se pasa jodiendo con Sting y los derechos humanos y toda es basura. ¿A vos te gusta Sting?

La pelirroja torció la cabeza y las pupilas estuvieron a punto de gotear dos carámbanos verdes.

-No me gustan los hombres -contestó. -Matan a los gatitos.

LA RUBIA desmelenada frente al televisor parecía una muchacha vista desde el jardín, pero de cerca era una hermosa mujer cuarentona que empezaba a engordar irreversiblemente. Rodríguez Hill la encontró despatarrada y alegre, con los lentes de aumento clavados en un video de Sting.

-¿Así que vos también ves eso? -preguntó, colgando la campera de una silla. -¿Cuántas latas te tomaste?

-No sé -dijo la mujer. -Es una rica cerveza.

-¿No podés mirarme para hablar? ¿Tanto te recalienta ese yanqui sin camisa poniendo voz de negro y cantando pavadas para currar a los bolches?

-No es un yanqui. Es inglés: un británico divino.

-¿A qué hora volvió Juana?

-Todavía no volvió.

-Carajo, son las dos de la mañana -dijo el hombre sirviéndose una enorme medida de whisky. -Podríamos ir a buscarla para que no se tenga que venir sola a esta hora, por lo menos. Padre cornudo haciendo servicio de chofer desde el mueble al domicilio familiar: ¿qué te parece? Y mostró los colmillos.

-Sabés que no anda sola. Andrés siempre la acompaña.

-Andrés es un pendejo, Mary. No me hinchas. Recién tuve que mostrarles la automática a uno de esos caracagadas para que se borrraran.

-¿Qué caracagadas?

-Los cuidadores esos. ¿Anduviste regando desnuda, esta tarde?

-De bikini, sí. El sol ya quema bien.

-Recién les tuve que decir que si los encontraba mirando a mi mujer o a mi hija los mataba a todos. Ah, traje querosén. Para infiltrar el tronco.

Mary sacó el volumen del televisor y se sacó los lentes. Miró al hombre canoso con remota piedad.

-Quiero empezar a trabajar -le dijo.

Rodríguez subió los hombros y se sirvió más whisky, antes de terminar el que tenía servido.

-Vos sabrás -murmuró.

-Me quiero divorciar, además.

-¿Conseguiste algún macho?

La mujer lo miró con piedad y odio, esta vez.

-No -dijo. -Es que de golpe saqué en conclusión algunas cosas.

-Qué cosas.

-No interesa. Mirá, ahí viene Juanita. A ver si te calmás.

La puerta estaba abierta, y una chiquilina de mirada azogada y pelo rojo cortado a lo paje entró con pies de plomo. Cuando vio a Sting en la pantalla recuperó la ingravidez y lo saludó levantando un brazo y poniendo los dedos en V.

-Lo vamos a ir a ver a Buenos Aires -dijo. -Están haciendo una gira fabulosa por los derechos humanos. Ya llevan recorridas no sé cuántas capitales del mundo.

-Ahá -roncó Rodríguez Hill. -Así que te empezó a interesar la geografía, ahora. Y se acercó a zancadas a la chiquilina.

-Tu madre me contó las notas que tenés -jadeó. -Y yo me quedé en el molde. Pero ahora te vas a encerrar en tu cuarto y si a las cuatro de la mañana no me sabés decir de memoria cuáles son todas las capitales del mundo, vas a aprender muchísimo. Sobre los derechos humanos. Yo te voy a enseñar.

La muchacha corrió para su cuarto. Mary apagó el televisor y anunció que dormía en el sofá. Rodríguez Hill fue a entrar la camioneta, guardó la garrafa de querosén en la cocina y siguió tomando whisky.

-¿ASÍ QUE no te gustan los machos, cosita? -preguntó el médico, con un hervor de deslumbrada perversión en los ojos saltones. -Qué desperdicio, Dios. ¿No me das otro pucho?

La pelirroja prendió un Marlboro y se lo alcanzó, con el filtro manchado por un color sangriento.

-Ayer soñé que matábamos gatitos -contó. -Nunca pude entender por qué siempre teníamos gatitos, en casa. Soñé que tenía tres años y papá me enseñaba a matar a las crías. Primero ahogaba un gatito y después me obligaba a ahogar a los demás. ¿Vos sabés que te miran cuando se están hundiendo?

-¿Con quién vivís, ahora?

-Con mi empresaria. Es buena.

Los despellejados ojos de la chiquilina se cerraron de golpe.

-Yo soñé algo espantoso -dijo Rodríguez Hill. -Pero no tenés por qué escuchar. No pagué para eso.

-Pagaste para todo -dijo la chiquilina, con dos gotas esmeraldas colgándole de los bajíos de la mirada.

-Pero no te conviene contar lo que te diga.

-Yo soy idiota. No te hagas problema.

El médico acarició brevemente las largas puntas enroscadas que cubrían los pezones de Miss Uruguay y Miss Punta del Este y Miss Valparaíso. La miró casi con amor.

-Yo soñé que mi madre me obligaba a hacerle un submarino a mi padre -dijo, por fin. - Mi padre estaba muerto y tenía una cara de felicidad que volvía loca a mi vieja. ¿Sabés lo que es el submarino, no? La cabeza en el agua. Hasta que cantes.

-¿Y tu papá se dejó de reír?

-No. No hubo caso. Le metí la cabeza en el agua hasta que se murió de nuevo y se seguía riendo. Lo enterramos así. Y mi madre me pegó. Pero no me pegó con la mano. Me pegó con los ojos.

La pelirroja le besó los párpados a Rodríguez Hill y dijo Pobrecito.

A LAS tres y media de la mañana el médico puso a llenar la bañera y a las cuatro golpeó en la puerta de su hija. La muchacha salió con la cabeza alta. Mary se agazapó en el sofá.

-A ver: las capitales -dijo Rodríguez Hill. -Empezá por el continente que más te guste. Dale.

Y tomó un trago de whisky de la botella. La muchacha callaba, con la cabeza alta.

-Al baño -dijo el médico. -Marche. Yo te voy a enseñar a cantar las capitales del mundo. Y después vas a poder protestar en serio por los derechos humanos. Yo nunca hice submarinos pero los veía hacer, ¿sabés? Y tenía que revisar a los presos para decirles a los milicos si se podía seguir o no. Y a veces no me daban pelota y pum: moría un gatito. Bueno, ahora lo sabés. Pero ustedes tenían guita, muchachas: se compraban vestidos y tangas y lo que se les antojara y se las iban a comprar a Río, en vez de al Chuy. ¿Te das cuenta qué lujo? Vamos. Marche para el baño. Porque además no me querés, ahora. Ahora no me quieren. Y se pasan pegándome, arriba.

Mary se puso en el camino pero Rodríguez Hill la volteó de un piñazo, y cuando cayó al suelo le pegó una patada.

-Tomá. Andá a mostrarles el moretón a los vecinos y a los cuidadores y a tu macho y a Sting. Gorda de mierda. Puta. Celulítica.

Juana esperaba en el baño, parada frente a la bañera. El hombre se acercó y le metió la cabeza en el agua durante unos segundos.

-A ver: cómo se llama la capital de Cuba -dijo, soltándola como a un resorte.

La muchacha lo miró con los ojos entelarañados por un asco de plata.

-Está embarazada, Julio -dijo Mary desde atrás.

El médico miró la mirada de la muchacha. Entonces gritó. Corrió hasta la cocina y volvió tambaleándose con la garrafa de querosén. Por el camino vio que su mujer se había puesto

la campera negra. Roció a Juana con querosén. La muchacha mantuvo en alto el casco de pelo rojo chorreante y prensó los ojos.

-Ahora te salvo -dijo Rodríguez Hill, manipulando una caja de fósforos. -Ahora te salvo de todo este infierno, amor.

Entonces resonaron los nueve balazos, entrecortados por un alarido y un chapoteo violento. El cadáver empezó a ensangrentar rápidamente la bañera. Mary y Juana se miraron.

LAS BODAS DE NATACHA

para Silvia Guerra y Jorge Fernández Barbas

MIRÉ EL lomo del sol y seguí caminando con la guitarra auestas. Había estado detenido un rato frente al océano -donde la rambla peninsular tuerce hacia el Este- con los ojos clavados en la blancura de Casamar, una mansión mamarrachesca ya oficializada por las postales. La primavera de 1988 parecía haber empezado a soplar aquella misma tarde, pero tuve la sensación de cruzar un crepúsculo estancado un lustro atrás. Al torcer en dirección a Gorlero, el océano trenzado entre la frialdad celeste me hizo aspirar la mansa invencibilidad de mi padre. Iba de visita a la casa de Natacha Regusci Tomillo, la legendaria tía-abuela de un guitarrista amigo llegado esa misma mañana de París. Pablo Regusci me llamó a Montevideo inmediatamente, para pedirme que le llevara una guitarra nacarada que pertenecía a su familia desde fines del siglo pasado. Natacha Regusci Tomillo había rodado por una escalera el día que cumplía ochenta y nueve años. La acababan de deshospitalizar.

-Qué hacés, loco -nos murmuramos al unísono, cada uno sobre el hombro (de la misma altura) del otro. Mis facciones rozaron la barriga de un gato blanco y gris que Pablo cargaba sobre sus hombros, como los corderos ofrendados por los pastores en las maquettes de los pesebres. Mi gemelo más viejo -volví a pensar después de tantos años, semiabrazado a aquel hombre de calvicie compacta y lentes permanentes, que ahora se dejaba crecer la barba y la pelambre igual que los rabinos. No me animé a preguntar por Natacha, todavía. El gato me chupó la oreja izquierda y me sobresalté.

-Tranquilo, Dominique -dijo mi amigo, riéndose.

-Es un enamorado absolutamente incapaz de controlarse: el único sobreviviente de no sé cuántas generaciones de gatos idénticos. Y con el mismo nombre.

Entonces di un paso atrás y le entregué la guitarra a Pablo, que antes de agarrarla colocó a Dominique sobre su hombro izquierdo y me miró muy fijo. Hubo un relampagueante congelamiento de tiempo durante el cual las almas se reconocieron.

-Gracias, hermano -suspiró. -Pasá. ¿Te jodí mucho pidiéndote que vinieras?

-¿Pero cómo se te ocurre que podés joder a alguien sacándolo de una brutal olla podrida para hacerlo volver a la belleza eterna? Así dice la propaganda de la televisión, por lo menos: que a Punta del Este siempre se vuelve. Como a la belleza eterna.

Pablo bajó la cara hacia el estuche de la guitarra.

-Te noto muy cansado. Pero no demasiado mal -dijo.

-Es verdad. Y como sentenció el infante Joan Manuel: *Nunca es triste la verdad. Lo que no tiene es remedio.*

Esta vez Dominique le chupó la oreja izquierda a Pablo, que apenas sonrió.

-Che: ¿este bicho no será una reencarnación de Walt Whitman? -dijo, mirando al gato por arriba de los lentes. -Qué lo parió. Hace como dos años que no nos vemos ni por carta. Me imagino que seguís con la literatura el periodismo las clases de guitarra la militancia las tareas del hogar-

-Hay que hacer lo que hay que hacer, loco. Así decía mi viejo.

Mi amigo me empujó el cuello para hacerme cruzar el zaguán de La Torre, todavía iluminado por la descomposición del crepúsculo en los vitrales con motivos marinos que flanqueaban el portal. La casona había sido edificada a principios de siglo, y yo recordaba con bastante nitidez la saga de los Regusci y los Tomillo que mi tío Jorge -el cura- nos contaba en las sobremesas de Nochebuena.

-Natacha está acá abajo, en el comedor -me explicó Pablo, entreabriendo una puerta por donde se filtró un olor a letrina saturada. -Hubo que contratar una enfermera permanente.

-¿Tiene conciencia?

-No sé qué es lo que tiene. No habla. Pero hace gestos. Pide cosas por señas. Ahora la vas a ver. Y si llega a despertarse le vas a ver los ojos. Cristo.

Pablo terminó de abrir la puerta y el gato se le escapó del hombro como un halcón y trotó para hacer equilibrio sobre un baúl rebosante de puntillas y aterrizar a los pies de Natacha Regusci Tomillo, que roncaba en un rincón muy oscuro.

-Bueno, no sé si te querrás quedar aquí -dijo Pablo, frunciendo brevemente la nariz. Me olvidé de decirte que come una barbaridad. Y hay que cambiarla cada muy pocas horas.

-Cambio pañales cada muy pocas horas -traté de sonreír.

Nos sentamos en los viejísimos sillones, y me di cuenta que mi amigo no se animaba a desenfundar la guitarra nacarada.

-Acá no son pañales -dijo frotándose las puntas rojizas de la barba. -¿Vos sabías que ella estuvo comprometida con un importador francés que la dejó esperando con el ajuar y todo, allá por los años veinte?

-Sí. Conozco la historia. Pablo señaló con la cabeza el baúl forrado por Dominique Boursault.

Los tules de los trajes hechos para la dicha caían como una llovizna amarilla sobre la piel de lobo, donde el bretón había bordado indeleblemente un verso de Rimbaud.

-Esta mañana Natacha empezó a hacernos señas, de golpe -siguió contando Pablo. - Estaban mi madre y mi hermano, también. Natacha señalaba el baúl. Sin parar. Y hacía otros gestos raros. Hasta que nos dimos cuenta que se quería estrenar el vestido de novia.

-¿Y se lo pusieron?

-Sí. Y le cupo. El problema es que ya hubo que sacárselo para lavarlo y se nos puso como una leona. La tuvimos que sujetar entre tres. Entonces a mi madre se le ocurrió probar con un camisón del ajuar y enseguida se calmó. No sé cuánto va a durar esto -Pablo me miró muy fijo, otra vez. -Compré ron cubano en el aeropuerto.

No necesitó mi respuesta para ir a buscarlo. Mientras lo esperaba me acerqué a una ventana de cortinas espesas y doradas. Natacha seguía roncando de cara a la pared, y yo espí la humareda cobalto de la noche posada sobre el sureste. Iba a haber luna llena. Miré el faro de Lobos trabajando bajo el estrellero, pero evité la visión nítida de Casamar. Mi amigo apareció acompañado por una enfermera que los ayudaba a cargar la botella los vasos el hielo la Coca-Cola el limón y algunos platos. Era una mujer sesentona, color riñón asado: de la boca color riñón crudo le caía un light humeante. De la cofia le emergían tirabuzones de motas almidonadas. La hinchazón de los ojos la hacía parecer gorda, pero lo que le sostenía el fulgor de la túnica era un gran esqueleto.

-Te presento a Rosaura -dijo Pablo, después de acomodar las cosas. -Ella se llama igual (y es recontraparenta) de la nodriza que hizo hablar a Natacha, cuando la abuela Julia la trajo de Buenos Aires. ¿Se toma un ron, Rosaura?

-Después -contestó la mujer, echando mucho humo y mirando hacia Natacha con las narinas dilatadas. -Pobre señora. Se cagó de nuevo. Voy a terminar de secar el vestido de novia y vuelvo.

-El hijo de Rosaura estudió guitarra con mi tía -dijo Pablo. -Coca, limón y hielo. ¿Está bien?

-Bien. Pero poco limón. Y mucho ron. ¿Hasta qué edad dio clases, Natacha?

-Hasta los noventa y pico. Y después siguió viviendo sola. Sin el menor problema. Aunque tanto los sobrinos como los ex-alumnos la visitaban mucho, claro. Fue imposible saber cómo cayó de esa escalera. Y fue un milagro que la encontraran viva. Pero yo te aseguro que no quiso matarse.

Dos doblones de ron se reflejaron en los lentes aljibosos de mi amigo. Con esos ojos camuflados preparó mi copa. Era una buena copa: me bastó un trago para escuchar el primer campanazo de la luna flotando en la orilla del mundo.

-La última vez que vine no pudimos chupar a solas -dijo Pablo, bajando la cabeza. -Así que me quedé sin saber bien la historia de la recuperación de la estrellera. Hace veinte años que Natacha profetizó -en esta misma pieza- que yo iba a ser un artista digno del instrumento que heredé, siempre que no me desesperara demasiado.

-*El problema es aceptar que uno está enamorado de la vida* -canté con suavidad. -*El problema no es tu horror ni mi horror, hermano. ¿Conocés esa canción de Leonardo?*

-Claro que la conozco. Pero mirá, Abel. Yo no sé qué me pasa allá en París. Pero sé que el horror es demasiado, loco. Demasiado. Por mejor que te vaya con la música. Por mejor que te vaya con la guita.

-No te preocupes: acá pasa lo mismo. Con la única diferencia que no tenés guita.

-Pero tenés la revolución. Tomé un trago muy largo, esta vez. Me sentí fulminantemente cansado. De golpe me di cuenta que la luna podía estar allá afuera y no estar aquí adentro. Algo tan deprimente y simple como eso.

-Mejor hablamos de la recuperación de la estrellera -dije, abandonándome en el sillón y cerrando los ojos. -Se la expropió mi viejo al cerdo de Pepe Riverós, en el 83. Acá mismo, en Casamar. Yo todavía estaba exiliado.

En ese momento escuché el tamborilear de unos goterones contra la caja incrustada de nácar. No miré a mi amigo, sino a la triple franja de astros que tenía la guitarra a lo largo de sus caderas y su labio central. Las lágrimas de Pablo rebrillaban encima de la iridiscencia como cicatrices amiboidales.

-Digno -roncó llorando. -Hacía catorce años que no lloraba en serio. Desde que mi primo me llevó la estrellera a París. ¿Cómo podés ser digno de algo si no te animás ni a volver a ponerle los ojos adelante?

-Pero vos te animaste -murmuré. Pablo no dijo nada y se puso a secar la guitarra y los lentes con una servilleta color bermellón.

Fue igual que penetrar en el sueño de un toro. Porque Dominique pegó un salto y avanzó hasta posar su vieja ligereza en los brazos del hombre, que se dejó lamer imperturbablemente la cara.

AL RATO apareció Rosaura con el espumoso traje de novia secado a plancha, y volvió a hinchar sus narinas mientras observaba el rincón donde Natacha ya había casi dejado de roncar. *Giren tus ojos hacia la batalla*, pensé.

-Primero tómese una copa, Rosaura. Por favor -insistió Pablo.

-No. Más tarde. Hay un olor terrible aquí. No se puede comer. Y tenemos unos palmitos de contrabando que son una belleza.

-Ya los vi -dijo Pablo. -Los estoy dragoneando hace rato. Pero el olor no importa.

-Para nosotros es distinto, mijo. La señora Natacha tiene el olor arriba -retrucó la mujer.

A mí me pareció escuchar el segundo campanazo de la luna sobrevolando la orilla del mundo, aunque nunca podré saber si lo escuché antes o después o simultáneamente con el apagón. La silueta de Rosaura jadeó hasta la ventana, y al deslizarse el cortinado la pieza se harinó. Los ojos de Dominique fosforecieron entre el resplandor de la estrellera la botella la copa los platos los lentes de Pablo y los tules del baúl, para depositarse como luciérnagas guardianas en el rincón donde dormía su dueña.

-Mi Dios -dijo Rosaura. -Parece de día.

Yo estaba de espaldas, y cuando la mujer regresó con el traje de novia en los brazos (y sus no menos plateadas túnica dentadura córneas canas y cofia) tuve la sensación de verle el esqueleto.

-Cuántas velas traeré -preguntó suspirando y dejándose caer sobre un sillón.

Entonces Pablo le preparó una copa y se la colocó enfrente con la autoridad de un tahúr. Ella apenas acarició la humedad perlada del vaso.

-La última vez que vi a la señora Natacha sana fue en el velorio de Magdalena Tomillo -dijo sacando un light y atrincherándose contra la oreja.

-Fue en el 79. Salud. -Salud -chistó Pablo, y yo apenas alcancé a levantar mi vaso.

-¿Cómo la conoció a Magdalena, Rosaura?

-En el hospital de San Carlos. Trabajábamos juntas de enfermeras. Yo era una muchacha, todavía. Magdalena fue la mejor enfermera que hubo en el hospital de San Carlos. Y cuando la cosa se ponía muy brava -sobre todo de madrugada- nos hablábamos como si estuviésemos en una batalla. Parecía una guerra, aquello.

-Por qué -le pregunté.

-Porque ella nos hacía pelear -contestó. -Nos decía que teníamos que pelear contra eso. Y cuando ella andaba muy fregosa o nosotras muy chorreadas revisaba las caras de los enfermos. ¿Entiende? Cara por cara. Se revisaba todo el hospital. A ver si a nadie le hacían falta ojos. Así decía ella. Y si encontraba a alguna de nosotras dormida la zamarreaba como una generala. Puta si lo sabré.

Rosaura pidió permiso para acercarse al plato de palmitos, y agarró con la mano un gran cilindro reluciente y se lo devoró de un saque. Tomó un trago de ron y se devoró otro.

-Qué belleza -carcajeó. -Qué belleza. Una vez que fui de visita a lo de Magdalena (allá en la Plaza del Recreo) ella me habló de esta guitarra. Dijo que había sido de Justo, el novio que se murió peleando con Aparicio.

-De Sabino y de Justo -corrigió Pablo.

-¿Y quién era el Sabino ese, al final?

-El padre de Natacha. Y el hermano mayor de Justo Regusci -intervine. -Sabino fue el que raptó a la aristócrata fernandina Carolina Tomillo y murió pintando frescos en un manicomio de Buenos Aires, a los treinta años. Ya habían perdido unos mellizos, y al poco tiempo Carolina murió tuberculosa y Sabino mandó llamar a la abuela Julia para que trajera a Natacha a Maldonado. Y la chiquilina (que tenía ocho años) no decía una palabra. Ni a ganchos.

-¿Y cómo diablos la hizo hablar, mi recontraparenta? Eso es lo que no entiendo.

-Desarrumbando una guitarra de un sótano, parece. Su recontraparenta había sido nodriza de Carolina (y había colaborado con ella y Sabino en la escapada final a Buenos Aires) y cuando la mandaron buscar parece que miró a la chiquilina y adivinó enseguida cómo podían volver a hacerla hablar. Natacha habló y estudió durante años acompañándose con una guitarra, hasta que se enamoró del importador francés que le hizo ese baúl. Ahí se curó del todo.

De repente la mirada del gato relampagueó entre los tules los platos y las constelaciones de vidrio y nácar. Dominique se encaramó en la falda de Rosaura y su lengua se hundió en la superficie del ron como una hélice.

-Mi Dios -dijo la mujer. -Miren a la señora.

Natacha estaba sentada en la cama, y su reincorporación había alcanzado para hacerla entrar en la luminosidad. Los ojos eran carbones azules enfocados encima de nosotros, pero ahora no parecía una pájara furiosa -como contaba mi tío Jorge- sino un gorila de melena entalcada y erizada. Un gorila cruelmente disfrazado con un camión del novecientos.

-Voy a buscar las velas -murmuró Rosaura, deshaciéndose del gato. Dominique volvió a la cama.

-Todavía no le desaparecieron los moretones del golpe -me dijo Pablo. -Y eso que ya hace más de un mes y medio que se cayó.

-¿Te das cuenta que tiene como un antifaz?

-Lo que me doy cuenta es que nos está escuchando. Y quién sabe desde hace cuánto rato -retruqué.

-No. Ella oye ruidos, nada más -chistó Pablo.

-Te lo puedo asegurar. Pero está viendo todo: eso sí. Menos mal que Rosaura se llevó el vestido. Si no, teníamos guerra.

La enfermera apareció con dos candelabros y el traje de novia, y Natacha bajó mínimamente la cabeza y los ojos le bizquearon con una incandescencia multicolor. Empezó a hacer señas.

-Espere un poquito, jefa -dijo Rosaura. -Espere. ¿Dónde vio a una mujer casándose toda cagada? Ahora mismo los padrinos se me van de la pieza y yo la cambio bien rápido y le sirvo algo rico.

La enfermera observaba las señas de Natacha con una inclinación de cabeza que parecía modelada por Miguel Ángel. De golpe Pablo pegó un salto.

-Carajo -dijo. -Quiere la guitarra.

Entonces Natacha sonrió horriblemente y alargó los brazos para que Pablo le alcanzara la estrellera. Terminé el ron. *Giren tus ojos hacia la batalla*, volví a pensar. *Lo que se no es vida pero vive*. Padre.

La mujer agarró el instrumento y se puso a tocar la Milonga Nro 3 de Pierri Sapere. El gato ni la miraba.

-Dominique -roncó al recomenzar el tercer movimiento, clavando los carbones incandescentes en Pablo. -No llores. Yo siempre supe que ibas a venir. Yo guardaba tu cara enterrada allá en la isla. Y el horror es un pobre lobo tuerto: no tiene ni un palmito colgando, ni es capaz de casarse con una sola estrella. ¿Vas a quedarte siempre?

-Dónde -preguntó Pablo.

Estaba parado frente a la cama sosteniendo un candelabro, y su barba de medusa se agigantaba contra la pared. Natacha recomenzó el segundo movimiento y contestó:

-En el baile.

Pablo le dijo Sí y ella prestidigitó una modulación preciosa y desembocó en Roncalli.

-Papá -llamó, mirándome. -Yo siempre supe que ibas a venir, también. Yo tragué mierda hasta quedarme perfumada como la estrellera. Y cuando aprendí esta sarabanda supe que todos los hombres eran invencibles como vos. Esperate que baje al Do Mayor: no te dables. Vení, papá. Vengan papá mamá Juan Teobaldo y la tribu de París.

Me acerqué y le sostuve la mirada.

-¿Ves? -se adelgazó la voz de Natacha bajando al Do Mayor y colgando un calderón entre la marea dorada de las velas. -¿Ves cómo todos pueden? El sueco subió al faro aquella noche. Solo. Estábamos todos solos, pero Jonás subió a encontrarse con Rimbaud. No tendrías que poner cara de lobo. Nunca. Aunque vivas cansado.

-Es verdad -murmuré.

Nos miramos con Pablo. La mujer arpegió el Sol Mayor final de la sarabanda y empezó a rasguear a todo galope el primer estudio simple de Brouwer.

-Magdalena -gritó, y Rosaura me dio el candelabro y se abrió paso hasta los pies de la cama.

La estrellera llameaba.

-Mande, jefa -le dijo la enfermera.

-Que les pongan un jazmín del país en la boca a lo que se están muriendo -volvió a gritar Natacha. -Y que los demás sigan en la trinchera, carajo. Hasta que todos los hombres que nazcan en todos los planetas puedan morirse enamorados del atardecer. Y ahora llevate esto y traeme al chiquilín, que ya es hora de que tome la luna. La mujer devolvió la guitarra y rompió el camisón y sus tetas emergieron con arrugado orgullo. Entonces Dominique levantó vuelo.

1987-89